

UNIVERSIDAD NACIONAL A. DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Mujeres Españolas

En La

Conquista de México

TESIS que para optar el grado de Maestra en Ciencias Históricas, presenta:

Ana María Ortega Martínez



IMPRIMIO VARGAS REA

México 1945



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

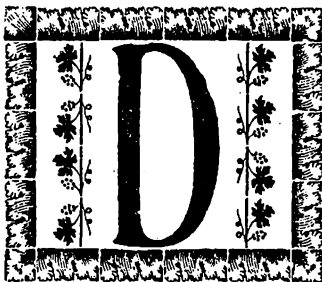
Mujeres Españolas en la Conquista de México



A MI MADRE



FILOSOFIA



En todas las grandes empresas realizadas por los pueblos ibéricos en el Nuevo Continente durante los Siglos XV y XVI, incluyendo el descubrimiento de América, ninguna se nos presenta tan sugestiva y apasionante como la Conquista de México. Ello ha hecho que uno de nuestros más grandes historiadores, Carlos Pereyra, ^{se}lamentamente dé *“la mayor importancia que adquirió el hecho militar a expensas del hecho geográfico...”* y de que *“...la proeza del explorador fué eclipsada por la proeza guerrera de tono épico, sobre todo la de Cortés en el Anáhuac”* (1).

En efecto, las mejores páginas de la literatura española y extranjera sobre el descubrimiento y conquista del Continente Americano las encontramos entre las dedicadas a reseñar, desde cualquiera de sus interesantes y múltiples aspectos, la gran Odisea que fué la Conquista del poderoso Imperio Mexicano, que en el siglo XVI constituía la máxima expresión de las altas culturas indígenas precolombianas, excepción hecha del Imperio de los Incas. Y esto, que superficialmente

(1)—Carlos Pereyra, Historia de la América Española. Descubrimiento y exploración de la América Española. Tomo I. Pág. 8. Madrid 1920.

considerado podría parecer obra del azar o de meras aplicaciones literarias, hallará su más cabal y plena justificación si aceptamos conceder a esta magna epopeya toda la importancia —enorme por cierto— que, por sí y por sus hondas repercusiones posteriores, tuvo para la historia y la evolución cultural de los pueblos del Continente Americano y de la humanidad entera, el contacto de la vieja civilización occidental con las altas culturas de la América India.

Nada mejor para dar una idea de la importancia que desde el mismo Siglo XVI se ha dado a la historia de la Conquista de México, que el intentar formar una bibliografía de la misma. Aún no estaba realizada la conquista del Imperio Mexicano, cuando surgieron los primeros cronistas e historiadores, que al dar noticia de sus hazañas a la Corona Española conforme éstas se iban desarrollando, fincaron las bases de la copiosa y siempre atrayente literatura de la Conquista del Anáhuac. Desde entonces hasta nuestros días, se han escrito en todos los lugares, en todas las lenguas y con los más diversos fines, libros, artículos y comentarios inspirados en puntos de vista no solamente distintos, sino hasta muchas veces opuestos. De esta diversidad, tanto en el relato como en la interpretación, ha surgido la interminable polémica en que la cultura, la religión, la nacionalidad, la raza y aún las posturas políticas, muchas veces desnaturalizadas por las más ciegas pasiones e inconfesables sectarismos, han tenido su participación al juzgar en ocasiones injustamente o con ligereza, a las naciones y personas que en ella fueron actores.

Es, y constituirá tema inagotable para los historiadores del futuro la epopeya de la Conquista. Mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre ella; y tema de eterna polémica y discusión será la actuación de conquistadores y vencidos, desde las excelentes crónicas con entonación de Cantares de Gesta de un Bernal Díaz hasta las literarias o interesadas obras de Solís y Gómara, o la excelsa sabiduría de un Ber-

nardino de Sahagún, para llegar a la incipiente actitud científica de Acosta y Clavijero.

La interpretación de la colonización y la conquista de México ha servido de tema a los más claros talentos americanos y extranjeros. Pero pocas veces se salvan de tomar irreductibles posiciones de indigenismo o hispanismo, al grado de hacer de aquél una hispanofobia y del hispanismo una franca actitud anti-indigenista. Las más valiosas obras de interpretación por autores mexicanos son indudablemente: "El carácter de la Conquista Española en América y en México", de Don Genaro García; la "Obra de España en América", de Don Carlos Pereyra, y los "Estudios" del gran polígrafo mexicano Joaquín García Icazbalceta. Sin embargo, todas ellas están animadas de un sentido unilateral y en los trabajos de los epígonos de éstos, extraña notar que los más interesados en ocultar la verdad expresada con clara valentía por los mismos actores de la Conquista, llámense Cortés o Bernal, o los cronistas como Sahagún y Motolinía, son escritores mexicanos aspirantes a condecoraciones o dudosos linajes y como si se avergonzasen de su sangre india.

Contra lo que pudiera pensarse cuando se hacen justos e innegables cargos a los conquistadores, no son los hijos de México los que juzgan de este modo. Son los propios españoles juzgándose a sí mismos.

Pero no es nuestra intención insistir ni adentrarnos en hechos que son de sobra conocidos, criticados y estudiados por las mejores inteligencias tanto de nuestro país como extranjeras. Nuestro deseo, más modesto, es el de hacer resaltar un aspecto de la Conquista de México, que, si no ignorado totalmente, ha pasado inadvertido para nuestros cronistas e historiadores que tan prolijamente han estudiado la Conquista en todos sus aspectos, personajes y detalles. Nuestra intención es tratar de un tema, que no por olvidado es menos interesante: la actuación y participación de mujeres españolas en la Conquista de México.

HECHO curioso y notable es el observar al hojear las páginas de los primeros cronistas, testigos y actores de la gran epopeya, que se cuidaran como Bernal Díaz (2), de hacer la cuenta y relación de los caballos que llevaran los conquistadores, describirnos su aspecto físico, particularidades, nombres con que eran conocidos, sus calidades en la guerra, y aún hasta las manchas que tenían en la piel, y que, en cambio, de las pocas y arrojadas mujeres que compartieron con ellos los sufrimientos y las mil y una peripecias de la gloriosa y magnífica empresa, apenas si dan los nombres de ellas, o como el propio Cortés, las ignoran por completo (3). Fernández Duro al estudiar este aspecto de

la Conquista de América dice: “. . . Viajera, expedicionaria, indiferente a las contingencias de lo desconocido no ha sido considerada la española que yo sepa, con ser tantas las referencias y demostraciones de su presencia por todas partes en la época de las grandes aventuras del siglo XVI, durante la cual difícilmente se acometería jornada militar, empresa larga o corta, llana o peligrosa, a que ella no acudiera a pesar de los bandos y ordenanzas prohibitivas que constituyen la mejor prueba de su ordinaria ingerencia. . .” (4).

¿Tendría el conquistador español del Siglo XVI en menos a las mujeres que a sus caballos, cuando precisamente de una mujer, de la gran reina Isabel la Católica, nació la epo-

(2).—Bernal Díaz del Castillo. Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. (En Viajes Clásicos. Madrid, 128-9. Tomo I. Pág. 73.

(3).—En todas las páginas de las Cuatro Cartas de Relación que conocemos del Conquistador Hernán Cortés y que fueron escritas entre 1519 y 1526 dando cuenta al Emperador Carlos V del desarrollo de la Conquista de la Nueva España, no hemos encontrado ni una sola referencia por sencilla que sea de las mujeres españolas que formaban en su ejército, aunque es notoria su existencia por los datos proporcionados por Bernal Díaz. Hernán Cortés. Cartas de Relación de la Conquista de México. (En Viajes Clásicos.) Madrid, 1932.

(4).—Cesáreo Fernández Duro “La Mujer Española en Indias” (Disertación leída ante la Academia de Historia). Madrid, 1902. Pág. 13.

peya de la Conquista? Ella fué la que, al adivinar a Colón, precipitó hacia las selvas de América el tumulto del Renacimiento, y gracias a su visión después de la rendición de Granada y de la unificación del Reino, pudo España abrir al Viejo Mundo los nuevos y amplios horizontes de una tierra de promisión, ofreciendo al ansia meridional aventurera y belicosa de los españoles un mundo fantástico y desconocido en dónde emprender la más grande empresa conquistadora y evangelizadora de la humanidad.

En 1492, la hasta entonces casi ignorada y aislada España, sorprendió al mundo occidental con el acontecimiento más portentoso de la historia: ¡El descubrimiento de un Nuevo Mundo!, de un mundo que fuera más tarde y durante muchas generaciones envidia y premio de naciones guerreras.

Si la noticia de este descubrimiento maravilló y excitó el ansia aventurera del español, acostumbrado ya a la acción y grandes movimientos de las cruzadas y luchas contra el árabe invasor o contra Francia y Portugal, es fácil comprender, dadas las condiciones de inercia y pasividad en que había vivido hasta entonces la mujer española, y la europea en general, la exaltación que causaría en sus imaginaciones el descubrimiento de las Indias. Con la nueva del hallazgo de tierras quiméricas y maravillosas, su contenida imaginación pudo libremente desbordarse.

Cuando en marzo de 1493 Colón regresó a España y se dirigía de Sevilla a Barcelona “... tomó comienzo la fama a volar por Castilla, que se habían descubierto tierras que se llamaban las Indias, y gentes tantas y tan diversas, y cosas novísimas, y que por tal camino venía el que las descubrió, y traía consigo de aquella gente; no solamente de los pueblos por donde pasaba salía el mundo a lo ver, pero muchos de los pueblos, del camino por donde venía, remotos, se vaciaban, y se hinchaban los caminos para irlo a ver, y adelantarse

a los pueblos a recibirlos" (5). Entre las muchedumbres ansiosas que se aglomeraban a su paso, abundaban mujeres ávidas de ver las pepitas de oro, los raros pájaros, los seres extraños y las cosas nunca antes vistas en España que el Almirante había traído del Nuevo Mundo. Y cuando más tarde en la Corte, ante la presencia de los Reyes Católicos y de los asombrados ojos de los cortesanos, Colón mostró y habló de estas cosas exóticas traídas de un mundo de ensueño y fantasía, es comprensible imaginar cómo volaría la imaginación y la novelería de la mujer española al escuchar los relatos de esta gran aventura. ¡Cómo daría vida y color en su mente a esas tierras magníficas situadas en los mares tropicales, a ese clima, a ese cielo, a esos ríos, a ese mundo habitado por seres y animales extraños...!

Muchos de los osados aventureros que compartieron con Colón la gloria del descubrimiento, tenían mujeres e hijas en España y seguramente con sus relatos y sus presentes ayudarían a mantener viva la fácilmente excitable fantasía femenina.

En el primer viaje de Colón no se sabe que alguna mujer fuese admitida en la temeraria expedición, ni creemos tampoco que ninguna se atrevería a desafiar al destino de esa manera. Pues si bien es cierto que la audacia y valor tradicionales en la mujer española la capacitaban para compartir esta gran empresa, no se le permitió que se aventurara a las contingencias de lo absolutamente desconocido, ya que ni los rudos marinos y aventureros que acompañaron a Colón, hechos a todos los peligros y oscuros riesgos de la mar, dejaron de considerar este viaje como una loca y descabellada empresa de la que seguramente jamás volverían.

Pero en el segundo viaje que hizo el Almirante, cuando

(5).—Fray Bartolomé de las Casas. Historia de las Indias. Tomo I. Pág. 298. Biblioteca Mexicana. México, 1897.

estuvo ya comprobada la existencia real de estas tierras de ensueño —aunque se siguiese pensando que eran simplemente parte del Catay, la India o el Cipango—, entre la multitud de aventureros ávidos de oro y de nuevos horizontes que surgió para embarcarse en la expedición, se cree y hasta se asegura que iban mujeres españolas (6). Indudablemente que no serían damas de la nobleza ni de la clase acomodada, pues ninguna mujer que se tuviese por dama y se respetase como tal, querría convivir con rudos marinos, aventureros y aún hasta criminales. Ya que es bien sabido que la casi totalidad de los primeros descubridores y conquistadores de las Indias salió de los plebeyos, de oscuros hidalgos o soldados de fortuna y de individuos que vivían al margen de la ley (7).

Estos primeros hombres que marchaban a las tierras de América eran en su mayoría aventureros que en su propia patria no encontraban la manera de salir de pobres y que desdeñaban el trabajo manual como una ocupación poco práctica, dada la consideración que en ese tiempo se tenía no sólo en España sino en toda Europa del ejercicio de los oficios manuales. La milicia y el sacerdocio eran las únicas profesiones estimadas como de noble calidad.

(6).—Cesáreo Fernández Duro, en su obra citada, afirma lo anterior deduciéndolo de la Historia del Almirante Cristóbal Colón, escrita por su hijo don Fernando. Esta obra tachada de apócrifa por algunos o por lo menos de cuya autenticidad no existen pruebas convincentes, tiene sin embargo el valor de conservar todo lo substancial de los papeles del descubridor y entre ellos transcripciones de varios fragmentos de los mismos. Colección de Libros que tratan de América. Vol. V y VI. Madrid, 1891-1900.

(7).—En los primeros viajes de Colón hubo de recurrirse a medidas extraordinarias para lograr las tripulaciones. Para el primer viaje se logró la Real Provisión de 30 de abril de 1492, concediendo el indulto a los criminales, tanto en sus bienes como en su persona, con tal de que formasen en la tripulación de las tres carabelas. En 22 de junio de 1497 se dispuso: "*Todos e cualesquier persona varones... que ovieren cometido... cualesquier muertes e heridas e otros cualesquier delitos de cualquier natura y calidad que sean, excepto de heregia... que fuesen a servir a la Isla Española...*" (Documentos de América XXXVI, 108-9 y XXXVIII, 388. Madrid, 1864-84).



Habituados ya a la ocupación de la guerra, cuando en su país no las había, se ofrecían como soldados en cualquier empresa que tuviera como fin conquistar y pelear.

Sólo por excepción, aunque éstas muy estimables, se encuentran entre los primeros conquistadores nombres de familias ilustres. No faltaría entre éstos el de uno que otro noble aruinado que fuese hacia las Indias con el señuelo de rehacer su fortuna. Pero de la mayoría apenas si se sabe quiénes fueron y de dónde procedían. Se reunían alrededor de un jefe o caudillo con el cual compartían tanto las penalidades de la guerra como el botín. Arrogantes y decididos tenían la mano y la espada prontas para conquistar y obtener lo que deseaban. No necesitaron ostentar títulos de nobleza, ellos más tarde se los adjudicaron.

El español de los siglos XV y XVI, guerrero y soldado, místico y fiero, audaz y ambicioso; hecho de una mezcla de aventura, codicia y religiosidad, del que ya Tito Livio decía: “...los ánimos del español e sus ingenios son inquietos y deseosos de cosas nuevas”, queda elocuente y definitivamente retratado por el inestimable cronista y conquistador Bernal Díaz al exclamar: “Pues de qué condición somos los españoles para no ir delante y estarnos en parte que no tengamos provecho e guerras?” (8). Y la mujer española de los siglos XV y XVI no podía ser menos que tales hombres, no podía ser otra que la mujer corajuda, tenaz y arrogante al mismo tiempo que sufrida y amorosa; la que aprendió de una gran Reina a tener valor y a enfrentarse con la realidad. Cesáreo Fernández Duro refiriéndose a la española del siglo XVI dice: “La mujer seguramente era la turquesa en que se moldearon las energías nacionales. Si en las Indias aparecen sus acciones realizadas por la lejanía y la grandeza del escenario, enseñanos la Historia que, cualquiera que fuese la posición

(8).—Bernal Díaz del Castillo. Obra citada. Tomo I. Pág. 184.

social, alta o baja, igual se manifestaba por doquiera. . .” (9)

No se conocen los nombres de las primeras mujeres que se cree embarcaron en el segundo viaje de Colón, ni de las que en los siguientes viajes acompañaron a sus maridos o amigos, lícitamente o bien de contrabando. Las casadas y las perseguidas por la ley lo harían de una manera lícita. Estas últimas porque en una Providencia Real fechada el 22 de junio de 1497 en Medina del Campo, ordenaban los monarcas: *“Que cada cuando alguna o algunas personas así varones como mujeres de nuestros reynos ovieren cometido cualesquier delito o delitos porque merezcan o deban ser desterrados según derecho o leyes de nuestros reynos, para alguna ysla o para labrar e servir en los metales, que los destierreys que vayan a estar e servir en la ysla Española...”* (10).

Para las mujeres solteras que por acompañar a sus familiares o bien en busca de esponsales se trasladaban a las Islas era indispensable obtener carta de buena conducta. De contrabando, debieron pasar algunas mujeres de no muy buena reputación al grado de hacer que en las Reales Cédulas se recomendase: *“Que no vayan malas mujeres”*. Mendieta se quejaba del mal comportamiento de las españolas: *“... porque salidas de la iglesia andan desnudas entre los indios, peor que las muy soeces berceras...”* (11). Y Oviedo dice: *“Yo he visto muchas indias desnudas más vergonzocas que muchas cristianas vestidas...”* (12), seguramente que estas mujeres no serían las que pasaron con carta de buena conducta.

(9).—Fernández Duro. Obra citada. Pág. 26.

(10).—Código Diplomático Americano. Habana, 1867. (Citado a través de Genaro García *“El Carácter de la Conquista Española en América y en México”*. México, 1901.

(11).—Fray Jerónimo de Mendieta. Historia Eclesiástica Indiana. 504-5. México, 1870.

(12).—Gonzalo Fernández de Oviedo. Historia General y Natural de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Océano. Madrid, 1851-54. Tomo II. Págs. 355-56.

Es hasta 1502 cuando de una manera cierta y oficial pasaron mujeres españolas a las Indias. El Comendador Ovando llevó a la Isla Española familias entre las que iban mujeres. Y más tarde en 1509 cuando pasó Diego Colón, hijo del Almirante, como Gobernador de la Isla, fué acompañado por su esposa la noble Doña María de Toledo, sobrina del Rey, y con ella pasaron "*Damas de gran belleza*", las que en el séquito del Gobernador y su esposa figuraban como damas de honor de la Gobernadora. Aparte de este fin llevaban el de encontrar marido entre los principales caballeros de la isla. Oviedo dice: "*E con la Vissorreyña vinieron algunas dueñas y doncellas hijasdalgo, é todas las más de ellas que eran mozas se casaron en esta ciudad y en la isla con personas principales é hombres ricos de los que acá estaban porque en la verdad avia mucha falta de tales mujeres de Castilla; e aunque algunos cristianos se casaban con las indias principales, avia otros muchos más que por ninguna cosa las tomaran en matrimonio por la incapacidad e fealdad de ellas. E assi con estas mujeres de Castilla que vinieron, se ennobleció mucho esta cibdad, e hay hoy dellas e de los que con ellas casaron hijos é nietos, é aun es el mayor caudal que esta cibdad tiene é demás solariegos, assi por estos casamientos, porque otros hidalgos e cibdadanos principales han traído a sus mujeres de España*" (13).

Casi todas las que pasaron eran doncellas "hijasdalgo" y de limpia cuna, estando rodeadas de toda clase de comodidades, seguridades y respetos. En el séquito de la Virreina figuraban las tres hijas de Juan Juárez, vecino de Granada, una de las cuales convertiríase años más tarde en la esposa y posible víctima del Capitán Don Hernando Cortés.

Llegaron las damas a la isla Española cuando ya estaba pacificada y conquistada, y cuando ya existían leyes y un gobierno firmemente establecido.

(13).—Gonzalo Fernández de Oviedo. Obra citada. Tomo IV. Pág. 97.

En las Crónicas y documentos relativos a la conquista y pacificación de Cuba, emprendida por Diego Velázquez, no encontramos que se hable de mujeres que acompañaron a los soldados en esta empresa de conquistar y pelear, aunque Bernal Díaz refiere al explicar por qué se le dió el nombre de Matanzas a ese puerto de Cuba: "*Que antes que aquella isla de Cuba se conquistase, dió al través un navío en aquella costa cerca del río y puerto que se dice de matanzas, y venían en el navío sobre treinta personas españolas y dos mujeres y para pasallos de la otra parte del río porque es muy grande y caudaloso vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos con intención de matarlos y de que no se atreviesen a valles guerra en tierra con buenas palabras y halagos les dijeron que los querían pasar en canoas y llevarlos a sus pueblos para dalles de comer. Ya que iban con ellos a medio río en las canoas las trastornaron y mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer que era hermosa y la llevó un cacique de los que hicieron aquella traición y los tres españoles repartieron entre sí*". (14) Las Casas, relatando el mismo hecho, afirma que en poder de los indios estaban dos mujeres españolas y un cristiano cautivos que él mismo rescató ayudado por los soldados de Pánfilo Narváes. De las mujeres dice que una era de hasta cuarenta años y la otra de diez y ocho o veinte cuando más, las cuales venían desnudas en una canoa al ser rescatadas y posteriormente él mismo las casó con dos hombres de bien. (15)

Bernal Díaz, que afirma fué solamente una la mujer cautivada por los indios, agrega que la conoció casada en la Villa de Trinidad "*con un vecino della que se decía Pedro Sánchez Farfán*". (16)

A pesar del gran valor que para la historia de la colo-

(14).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 32.

(15).—Las Casas. Obra citada. Tomo II. Pág. 223.

(16).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 32.

nización española en América representaría el poder reseñar las innumerables contingencias de la vida que los primeros descubridores y colonizadores españoles hicieron tanto en las grandes como en las pequeñas Antillas, principalmente en Haití, Puerto Rico, Cuba y Jamáica; la riqueza del tema y sobre todo lo concreto de nuestros propósitos, nos anima para tocar este aspecto, sólo de un modo somero.

Casi mil quinientos hombres acompañaron a Colón en su segundo viaje e iban alentados “...con la creencia que el oro que se decía que se hallaba y especierías que era a coger con pala, e las especias que eran della los líos hechos liados, y todo a la ribera de la mar...” (17) La desilusión no se hizo esperar. Los cuarenta y tres hombres dejados en el fuerte de Navidad en el primer viaje, habían perecido a manos de los indígenas, quizá debido a la desenfrenada codicia de los mismos. Por otra parte la ausencia de las mentidas riquezas auríferas de los ríos indianos, hacían pensar a la mayor parte de los flamantes colonizadores, en el inmediato regreso a España.

Sin embargo, ni el desengaño que producía el no encontrar el oro apilado; ni las fiebres, ni las continuas rebeliones de los indígenas provocadas por la dureza y crueldad de los conquistadores, impedían que la colonización marchase adelante. Sin olvidarse nunca de la eterna e inquietante fascinación del oro que hacía sacrificar las granjerías más seguras, lenta, pero firmemente, la agricultura, la ganadería y aún el comercio con el hombre mismo en calidad de esclavo, hacían arraigarse a los españoles. Y surgieron como por milagro las primeras ciudades españolas en las Antillas, ciudades que no eran sino fortalezas en que se preparaba un almá-cigo de pobladores para la ocupación continental.

Principalmente en la isla Española se gestó la conquis-

(17).—Cristóbal Colón. Carta de mayo de 1499.

ta de los grandes Imperios de México y del Perú y hasta de las ricas zonas tributarias del Río de la Plata. La frase: "*oro es lo que oro vale*", se aplicó primero a los "*cargamentos de indios*", pero éstos no pagaban ya ni siquiera el costo de su envío y además las continuas restricciones que la Corona Española, en su afán humanitario, ponía al tráfico de los indios esclavos, sumado a la rápida extinción de los mismos, hizo que el colono se dedicase a producir y para esto buscó los elementos de sustentación propios de la tierra.

Colón en su carta de octubre de 1498 (18), hacía notar la seguridad de que dado el carácter abundoso de la tierra, pronto habría vecinos y la población daría a la Corona Española grandes rendimientos. A pesar de todo, la población numerosa por cierto, no era otra cosa que una población de caciques blancos casados con cacicas indígenas, y casi adaptados a su vida. La preeminencia sólo se mantenía por la posesión de una espada, una rodela, coraza y un perro.

En toda esta primera época de colonización es indudable —y aún en las Crónicas seguras noticias hay de ello—, que intervinieron junto con los castellanos mujeres españolas. Pero seguramente que su número era bien corto, pues la mayor parte de los españoles tenían por mujer o mujeres a las propias indias, de las que Colón afirmaba al mencionar las riquezas de la tierra: "... y bien que no sea para decir, mujeres hay hermosas que es maravilla..." (19); y Las Casas más explícito: "... en la Vega conocí mujeres (indias) casadas con españoles y algunos caballeros, señoras de pueblos, y otras en la Villa de Santiago, también casadas con ellos que era admirable su hermosura y cuasi blancas como mujeres de castilla..." "... que no se podía desear persona que más hermosa fuese..." (20)

(18).—Carta de octubre de 1498.

(19).—Carta de octubre de 1498.

(20).—Las Casas "*Apologética Historia de las Indias*". Cap. XXXIV.

Que los españoles colonizadores de las Antillas que trajeron consigo a sus esposas eran muy escasos, lo pone de manifiesto la Capitulación que con el hidalgo Luis de Arriaga, vecino de Sevilla, firmaron los reyes españoles, dándole diversas concesiones y granjerías para traer a las Antillas “*doscientos casados de Castilla para poblar cuatro Villas*”. A pesar de las facilidades otorgadas por la Corona, Arriaga sólo pudo traer cuarenta colonizadores con sus respectivas esposas, pero, como en casi todos los intentos de colonización esta tentativa fracasó porque “...*como lo habían ellos de sudar y trabajar y no venían a ésto, sino a holgar y a volverse con muchos dineros ni hicieron villas ni castillos sino entre los demás se mezclaron...*” (21)

La preocupación de los Monarcas hispanos para que en la colonización de las tierras descubiertas por Colón figurasen mujeres castellanas es todavía más clara en las Provisiones entregadas al Almirante Cristóbal Colón en su segundo viaje, para que a costa de sus Altezas figurasen junto a escuderos y peones de guerra: “...*veinte artifices o que supiesen labrar de oro, cincuenta labradores del campo, diez hortelanos, veinte oficiales de todos oficios y TREINTA MUJERES...*” (22) Tanto a los oficiales mencionados como a las mujeres se fijaban 600 maravedíes de sueldo y una hane-ga de trigo cada mes.

En páginas anteriores hicimos notar la poca importancia que los cronistas, por lo general prolijos en datos y anécdotas y que al tratarse de los hombres son bastante explícitos, dan a las mujeres de las cuales apenas y siempre de modo accidental, las citan indirectamente al referir los hechos de sus padres, hermanos o maridos, colonos o conquistadores en la dura y azarosa vida de los primeros años de colonización. Esta afirmación queremos revalidarla para todo el desarrollo de estas notas.

(21).—Las Casas. Historia de las Indias. Tomo I. Pág. 23.

(22).—Las Casas. Historia de las Indias. Tomo II. Pág. 361.

SIN pretender en modo alguno que los datos aquí presentados agoten el tema, enlistamos a continuación las principales mujeres citadas nominalmente y algunas que anónimamente encontramos en los principales cronistas como Mártir, Las Casas, Oviedo, etc.

DOÑA MARIA DE TOLEDO.—Hija de Don Hernando de Toledo, Comendador Mayor de León y sobrina del Duque de Alba. Casó con el Almirante Don Diego Colón y con él pasó a las Antillas cuando a éste se le nombró Gobernador de las Indias. De ella se dice que era: “. . . Señora prudentísima y muy virtuosa y que en su tiempo, en especial en ésta isla (La Española) y dondequiera que estuvo, fue matrona ejemplo de ilustres mujeres. . .” (23). Con ella, y formando su séquito vinieron algunos caballeros e hijosdalgo casados, y algunas doncellas para casar, pero el Cronista no da los nombres de las que venían casadas ni de las solteras. Sí sabemos que entre ellas vino, con su padre, la que más tarde debía ser esposa de Diego Velásquez.

DOÑA MARIA DE CUELLAR.—Hija de Don Cristóbal Cuéllar, que había sido copero del príncipe Don Juan y tesorero de la Española. Vino Doña María Cuéllar en el séquito de Doña María de Toledo, y en compañía de su padre se trasladó de la Española a Cuba para casarse con Diego Velásquez gobernador de esta última isla. Celebráronse sus bodas en la Villa de Baracoa con gran regocijo y aparato pero a los ocho días murió. Las Casas elogiando las virtudes de Doña María comenta: “. . . parece que Dios quizo para sí aquella señora porque dicen que era muy virtuosa y quizo prevenirla con la intempestiva muerte porque quiza con el tiempo y prosperidad no se trastornara. . .” (24)

(23).—Las Casas. Historia de las Indias. Tomo II. Pág. 111.

(24).—Las Casas. Historia de las Indias. Tomo II. Pág. 217.

ISABEL DE BOBADILLA.—Sobrina de la Marquesa de Bobadilla. Casó con el Capitán Pedro Arias Dávila. De esta mujer a quien podemos considerar como prototipo de la mujer española, compañera de los extraordinarios hombres que lograron la colonización y conquista de América, cuenta Pedro Mártir que al prepararse su marido para sus famosas hazañas en las Indias le dictó la siguiente resolución: *“Amado esposo, me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Adonde quiera que te lleve la suerte, ya entre las furiosas ondas del océano, ya en horribles peligros de tierra, sábeta que te he de acompañar yo. Ningún peligro puede amenazarme tan atroz, ningún género de muerte puede sobrevenirme que no sea para mí mucho más llevadero que el vivir separada de tí por tan inmensa distancia. Es preferible morir una vez y que me hechen al mar para que me coman los peces o a la tierra de los canibales para que me devoren que no consumirme en luto continuo y perpetua tristeza, esperando, no al marido, sino a sus cartas. Esta es mi resolución, no tomada temerariamente, ni por el momento, ni por arrebató mujeril, sino maduramente pensada. Escoge una de las dos cosas: o me cortas el cuello con la espada, o consientes en lo que te pido. Ni siquiera me lo impediría un momento el amor de los hijos que Dios nos ha dado (pues dejaban cuatro hijos y cuatro hijas), les dejaremos los bienes antiguos y los dotales, con que puedan vivir entre los caballeros de su clase. De lo demás yo me cuido.”* El mismo Cronista comenta cómo *“la denodada Isabel de Bobadilla, educada con todo regalo aguantaba el bramido del océano con tanto valor como su marido o cualquiera de los marinos que se habían criado entre las ondas del mar.”* (25)

¡Cuántas mujeres castellanos que los cronistas no pudieron registrar dictarían a sus maridos la misma resolución

(25).—Pedro Mártir de Anglería. Décadas del Nuevo Mundo. Lib. VII. Cap. II. Pág. 171. Buenos Aires, 1944.

que Isabel de Bobadilla y compartirían en la más completa anonimidad los hechos heroicos, las tristezas y alegrías del conquistador español!

CATALINA XUAREZ (LA MARCAIDA).—Vino con su hermano Juan Xuárez, su madre, María Marcaida, y dos hermanas más en el séquito de Doña María de Toledo. Residían en Santo Domingo y fueron traídas por su hermano Juan a la isla de Cuba donde Catalina casó con Hernán Cortés.

Las Casas dice de ellas que eran gente pobre, y Bernal Díaz afirma que se casó Cortés con Catalina “por amores”. Gómara sugiere que una de las hermanas de la Marcaida tenía relaciones amorosas con Diego Velázquez.

ISABEL CARRION o ISABEL DE CACERES.—De esta mujer sabemos fué esposa de Miguel Díaz de Aux, aguacil mayor de la isla de San Juan por las Cédulas de 21 de junio y 22 de junio de 1511, en las cuales el Monarca permite en la primera que la mencionada Isabel pueda usar en la isla sus joyas de oro. Y en la segunda autoriza “a que la dicha Isabel de Cáceres (use) saya e sayuelo e bonete de terciopelo o raso de damasco o de cualquier otra seda . . .” (26).

ELVIRA GUILLEN.—Hija de Xriptóbal Guillén y esposa de Alonso de Avila vecino de la Española hacia 1518. Nos es conocida la existencia en la Española de esta mujer por la Real Cédula de 5 de marzo de 1518, por la cual el Rey perdona a Alonso de Avila y a Doña Elvira el matrimonio clandestino que habían relizado (27).

(26).—Epistolario de la Nueva España (recopilado por Don Francisco del Paso y Troncoso.) Tomo I. Pág. 19 y 21. México, 1939.

(27).—Epistolario de la Nueva España. Tomo I. Pág. 36.

“FULANA” ARIAS DE PEÑALOZA.—Hija del Gobernador de Tierra Firme, Pedrarias Dávila y casada con Vasco Núñez de Balboa. El dato lo da Bernal Díaz, al referir las diferencias que tuvo el Gobernador Pedrarias con su yerno, Núñez de Balboa. No hemos encontrado más datos de esta mujer; únicamente por lo asentado por Bernal, sabemos que estaba en las Antillas siendo Gobernador de Tierra Firme su padre (28).

Con repetida frecuencia encontramos en las páginas de los cronistas de las Antillas la existencia y participación activa de mujeres castellanas en la colonización y conquista de la América insular, pero no llegan a proporcionarnos los nombres de ella. Entre las más importantes citas podemos mencionar concretamente, las mujeres que vinieron con Don Nicolás de Ovando, las que acompañaron a Doña María de Toledo, de las cuales sólo conocemos el nombre de Isabel de Bobadilla, de Doña María de Cuéllar, ya citadas, y de María Marçayda, sus hijas Leonor y Catalina Juárez y otra de la que ignoramos el nombre; las dos castellanas que las Casas cuenta haber rescatado de manos de los indios en el puerto de Matanzas, las compañeras de Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero que en el año de 1511, naufragaron en las costas de Yucatán. Y las innumerables anónimas que en las muchas flotas que salían de Sevilla para las nacientes poblaciones antillanas venían, acompañando a sus maridos o bien solteras en espera de un rápido matrimonio con los hidalgos y colonos españoles, a quienes ellas imaginaban llenos de oro y poderío.

En el Catálogo de Pasajeros a Indias, recientemente publicado por la Inspección General de Migración de España, y tomado del Índice de pasajeros a Indias del Archivo Gene-

(28).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 7.

ral de Indias (29), aparecen registradas como pasajeras muchas mujeres. Algunas con sus maridos y otras solteras acompañando a sus familiares, o bien como sirvientas. Desgraciadamente, la publicación que estamos citando principia con el año de 1509 y tiene una gran laguna entre los años de 1519 a 1521. Entre sus papeletas hemos podido hallar las correspondientes tanto a pobladores de las Antillas, como a conquistadores de la Nueva España de las que más adelante nos ocuparemos.

Las mujeres registradas como pasajeras en el mencionado Catálogo, en el período comprendido entre 1509 y 1519 llegan hasta trescientas seis. La mayoría de ellas pasaron con sus maridos hijos e hijas. Algunas otras vinieron completamente solas. Como un dato curioso anotamos el registrado en la papeleta 1910 correspondiente a "Juan Gillén, vecino de Sevilla; su mujer María de Malaver; Isabel de Malaver, Martina Núñez Girón, Beatriz Girón, María Malaver, Catalina Guillén Girón, Lucía Girón, Eufrosia Malaver y Juana Guillén sus hijas; Leonor Rodríguez Toledano; Juana Sánchez, hija de Pedro Sánchez... pasaron a las Indias el 16 de octubre de 1514" (30).

:: :: ::

LA colonización, más bien que conquista, de las Antillas a pesar de su importancia como antecedente obligado de España en América, no podía ser el escenario que el español renacentista del Siglo XVI —súbdito de la monarquía más poderosa de su tiempo, conquistadora y colonizadora, dueña del mundo y reina de los mares— que se conside-

(29).—Catálogo de Pasajeros a Indias, durante los siglos XVI, XVII, y XVIII. Redactado por el personal facultativo del Archivo General de Indias. (Publicación del Ministerio de Trabajo y Previsión.) Madrid, 1930.

(30).—Idem. Pág. 220.

raba destinado por la mano de Dios para transformar al mundo, necesitaba para realizar grandes hazañas. El escenario era demasiado limitado para los hechos heroicos a que so condición de español, guerrero y cristiano le obligaban. Todas sus calidades sólo en muy pequeña proporción podían manifestarse con brillo frente a la escasa o ninguna resistencia que el medio y la población insulares presentaban. Necesitaba otro paisaje. Un paisaje enorme y grandioso hecho de altas y duras montañas, de bosques impenetrables, de grandes valles y lagos; pero principalmente de una gran nación, de un pueblo fiero y aguerrido que estuviese dispuesto a defender con la última gota de su sangre sus bellas ciudades *“que parecían a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís por las grandes torren y cues y edificios que tenían adentro en el agua y todas de calicanto”*. (31) De un pueblo que tuviese mucho oro y plata y cosas preciosas y muchos mantenimientos y que, en fin tuviese grandes príncipes y señores contra quienes pelear y quizá, principalmente dioses distintos o contrarios al verdadero “Dios cristiano” de los españoles, para poder derrumbarlos.

Todo esto y mucho más aún de lo que ellos deseaban fué lo que les proporcionó el Imperio Mexicano y su gran capital Tenochtitlán. Su sed de aventuras, de batallas, de peligros y ocasiones de realizar proezas con qué engrandecer a su Soberano y con qué honrar a su Dios, al mismo tiempo que de enriquecerse ellos, se iba a ver colmada en su lucha contra el Imperio de Moctezuma y de Cuauhtémoc. Y en esta lucha, para su mayor fortuna iban a ser acaudillados por el más grande de todos los Capitanes: Hernán Cortés.

Fué en la epopeya de la Nueva España, cuando las figuras de muchos españoles y de unas cuantas mujeres extraordinarias, adquirieron relieves pocas veces alcanzados en la historia heroica de la Humanidad.

(31).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 297.

De las mujeres españolas que acompañaron en su viaje a Cortés y que más tarde se convertirían en heroínas durante la conquista de México, seguramente la mayoría era de antiguas pobladoras de las Antillas. Pero en las islas su papel debió haber sido fundamentalmente pasivo. El ansia de luchar y participar directamente en la conquista de tierras nuevas y de grandes ciudades estaría latente aún en ellas.

Las castellanas que vinieron con Hernán Cortés, fueron

excepcionalmente mujeres de conquista. Mujeres emancipadas que sí podemos parangonear con Doña Isabel de Bobadilla, y que al principio carecerían tal vez de la ambición y codicia de sus compañeros, pronto, frente al espectáculo magnífico y fascinante de las grandes ciudades mexicanas, frente a la vista del oro y de las innumerables riquezas, sentirían el hálito de la ambición y la gloria. Su primer impulso de llevar una vida libre y de anchos caminos, como una revancha a los años grises y agostados que vivieron en una España aún celosa y autoritaria con el sexo femenino, se trocaría en firme decisión de emular y quizá de superar a sus aguerridos compañeros.

Pero hay un hecho que nos hace suponer de una manera definitiva que hubo mujeres españolas que pisaran tierras mexicanas antes de la venida de Cortés. Con su indiscutible autoridad Bernal Díaz refiere que cuando Cortés y los suyos encontraron a Jerónimo de Aguilar en tierras de Tabasco, éste les relató: *“...que hacía ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hobo algunas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia y dijo que llevaban diez mil pesos en oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tornar a la isla de Cuba o Jamaica y que las corrientes eran muy gran-*



FILOSOFIA

dés, que les hechó en aquella tierra y que los calachiones de aquella comarca los repartieron entre sí, e que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habían muerto de dolencia y las mujeres que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler; e que a él que tenían para sacrificar y una noche se huyó y se fué aquel cacique con quien estaba.” (32)

Si en realidad, como es seguro dado el valioso testimonio de Bernal, existieron estas españolas, las podemos considerar como víctimas que anticipadamente pagaron los pecados de crueldad y codicia que más tarde sus compatriotas cometerían con los habitantes de aquellas tierras.

:: :: ::

DESDE 1492 hasta 1517, los países americanos descubiertos y ocupados por España, eran islas o bien tierras ístmicas, con una población poco densa y una extensión más bien reducida. Sus pobladores vivían desnudos y en chozas o al aire libre sin formar ciudades de importancia. La mayoría de las tribus eran tímidas y si acaso unas cuantas estaban formadas por belicosos guerreros. La debilidad orgánica para las tareas que de ellos exigían los conquistadores, los destrozos que con cualquier pretexto hacían en ellos los mismos y las epidemias, pronto hicieron crecer hasta su casi extinción a la población autóctona.

El celo con que el Darién era guardado por su Gobernador Pedrarias hizo que los pobladores de las Antillas tuviesen como una obsesión las desconocidas tierras de occidente.

En realidad la conquista de México principia con el descubrimiento que del Yucatán hizo la expedición organizada

(32).--Bernal Díaz del Castillo. Obra citada. Tomo I. Pág. 87.

por el Gobernador de Cuba Diego Velázquez y mandada por Francisco Hernández de Córdoba. La flota salida de la Habana el 8 de febrero de 1517, llevaba entre sus soldados a Bernal Díaz, el que más tarde fuera el imponderable cronista de la Conquista de la Nueva España. En este viaje al descubrirse el Yucatán y gran parte de las costas mexicanas, quedó confirmada la existencia de las tentadoras tierras de occidente y sobre todo la existencia de grandes ciudades con casas de calicanto como no las había en las Antillas.

La vieja idea de Colón de encontrar las Indias obsesionaba de tal modo a los descubridores, que pensaron haber llegado al "*Gran Cairo*".

Al regresar a Cuba, las narraciones de Hernández de Córdoba, y sobre todo, la seguridad de que en dichas tierras había oro en cantidad incalculable, determinaron una segunda expedición, esta vez al mando del Capitán Juan de Grijalva, que recorrió la misma ruta de Hernández de Córdoba hasta llegar frente a las playas de Veracruz.

El éxito de esta segunda expedición, principalmente en lo que toca al rescate de oro y a la convicción de que las tierras descubiertas eran de una enorme riqueza y con grandes ciudades determinó a Diego Velázquez, a solicitar autorización de la Corona Española para rescatar, conquistar y poblar las tierras descubiertas a reserva de repartirlas cuando estuviesen en paz.

Ni en el puntual y siempre exacto Bernal, ni en ninguna otra de las fuentes de esta época existe dato que pueda hacer presumir que en estos dos viajes fuese legal o ilegalmente alguna mujer castellana. Es cierto que el hecho por su importancia merecía ser apuntado, pero ya hemos visto que no lo parecía así a los cronistas de esa época; por lo que, a pesar de todo, no es de descartarse totalmente la posibili-

dad de que alguna de las mujeres vecinas de la Española se haya encontrado en una u otra de las flotas.

Por desgracia para Velázquez, y por fortuna para los intereses españoles, la nueva expedición fué encomendada a Hernán Cortés, Alcalde de la ciudad de Santiago y hasta entonces oscuro hidalgo, pero con fama de hombre muy esforzado, de gran don de mando y tenido por “*¡muy varón en sus cosas!*”

La mejor biografía y el mejor panegírico que de Cortés pueda hacerse, está contenido en las páginas del soldado y cronista Bernal Díaz, quien con la sencillez y grandeza del que por tener conciencia de su propia valía sabe reconocer la grandeza de los otros, dice refiriéndose a Cortés: “*e pues fué tan valeroso y esforzado Capitán, no le nombraré de aquí en adelante ninguno de estos sobrenombres de valeroso y esforzado, ni Marqués del Valle, sino solamente Hernán Cortés, por que tan tenido y acatado fué en tanta estima de solamente Cortés así en todas las Indias como en España, como fué nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández, el Gran Capitán, y el mismo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimados ditados sino solamente su nombre...*” (33)

Es al propio Bernal —obligada e indispensable fuente para estudiar o hablar de la Conquista de México—, a quien debemos la lista de caballeros e hidalgos que formaron en la flota del Conquistador. Por él sabemos el nombre de casi todos los hidalgos que conquistaron la Nueva España. De muchos no solamente nos da el nombre sino sus cualidades, sus oficios, sus defectos y aún sus apodos y sobrenombre. (34)

(33).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 61.

(34).—Idem. Tomo I. Págs. 61 a 76 y Tomo II. Págs. 517 a 543.

Sin embargo, esta puntual y detallada lista no menciona el nombre de una sola mujer aunque en páginas anteriores, al reseñar el banquete con que los conquistadores celebraron en Coyoacán la prisión de Cuauhtémoc y el rendimiento de la Gran Tenochtitlán, nos da el nombre de las mujeres que los acompañaron en toda la conquista de Anáhuac. Señala como mujeres asistentes a las siguientes: "... y fueron las damas que aquí nombrare que no hubo otras en todo el real ni en toda la Nueva España: primeramente la vieja María Estrada, que después se casó con Pero Sánchez Farfán, y Fransica de Ordáz que casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; "la Bermuda" que se casó con Olmos de Portillo el de México; otra señora mujer del Capitán Portillo que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda no la sacaron a la fiesta e una Hulana Gómez, mujer que fué de Benito de Vargas, y a otra señora hermosa que se decía "la Bermuda"; no se me acuerda el nombre de pila, que se casó con un Hernán Martín que se vino a vivir a Guaxaca, y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez mujer que en aquella sazón era de un Hulano de Guadalupe, y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fué de Juan de Cáceres "el Rico", y de otras ya no me acuerdo que las hobiesen en la Nueva España..." (35)

A Don Manuel Orozco y Berra se debe indudablemente el haber formado la nómina más completa de los conquistadores de México, tomando los datos respectivos de las propias fuentes y de todos los documentos conexos que pudo hallar y cuya autenticidad estaba fuera de toda discusión.

Este ilustre historiógrafo mexicano se lamenta de que su labor podrá parecer a muchos "inútil y mentirosa", (36)

(35).—Este párrafo se encuentra testado en el manuscrito de Bernal, pero en casi todas las ediciones, en atención a su notorio interés, se le ha puesto aunque fuera de texto. — Bernal Díaz. Obra citada. Tomo II. Pág. 149.

(36).—Manuel Orozco y Berra. Los Conquistadores de México. (En el Tomo IV de la Historia General de las Cosas de Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún. Editada por Pedro Robredo. Méx., 1938.) Pág. 362.



pero principalmente de las enormes dificultades que el formar la lista le representó, sobre todo por el hecho muy repetido de que en la fuente sólo se dá el nombre propio o el apellido de un conquistador; en otras ocasiones aparecen dos o tres individuos con el mismo nombre, o bien solamente se registra el sobrenombre. Como una prueba de lo anterior podemos citar el caso señalado por el propio Bernal que: "*un Antonio de Villarreal marido que fué de Isabel de Ojeda, que después se mudó de nombre dijo que se decía Antonio Serrano Cardona...*" (37)

Además de lo anterior debemos hacer notar que todas las nóminas de los conquistadores se formularon bastantes años después de consumada la conquista y las naturales equivocaciones, aún en las memorias más privilegiadas, forzosamente hubieron de surgir. Por otro lado terminada la conquista de México y frente a las granjerías y mérito que significaba el haber sido conquistador, muchos de los llegados a la Nueva España inmediatamente después de la Conquista, trataron de hacerse aparecer como participantes activos en la magna hazaña.

Con su acostumbrada honradez científica y el espíritu acucioso que campea en toda la obra de Orozco y Berra, formuló la lista de conquistadores, tomando en cuenta principalmente los que vinieron con Hernán Cortés, posteriormente con Pánfilo Narváez, y los pequeños refuerzos que se recibieron con las flotas o navíos aislados de Francisco de Saucedo, Ponce de León, Alonso Alvarez de Pineda o Pinedo, Pedro Barba, Rodrigo Morejón de Lovera, Camargo, la Armada de Garay, Ramírez el viejo, Juan de Burgos y Julián de Alderete y quizá algunas otras partidas de menor cuantía de las cuales no existen puntuales noticias. (38)

(37).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo II. Pág. 522.

(38).—Orozco y Berra. Obra citada. Págs. 366 a 406.

Sin que por un solo momento pretendamos establecer comparación con el magnífico trabajo de Don Manuel Orozco y Berra, por obvias limitaciones de autoridad y capacidad, nosotros al intentar la nómina de las mujeres castellanas que participaron en la Conquista, hemos encontrado las mismas y quizá aún mayores dificultades por comprensibles razones.

Hicimos notar desde las primeras páginas de este ensayo, la poca importancia que los cronistas daban a la existencia de las compañeras de los conquistadores y pobladores de las Antillas y tierra firme. Esta afirmación no solamente es válida sino que es aún más exacta tratándose de las mujeres que participaron en la Conquista de México.

Las mujeres castellanas que formaron en el ejército de Cortés, bien por haber venido directamente en su flota, o en los refuerzos que durante la conquista de México llegaron de la isla Española, Pánuco y Castilla —y de cuya existencia no podemos dudar debido a la autorizada afirmación de Bernal—, al ser anotadas por los historiadores de la Conquista, discrepan tanto en el número como en los nombres y apellidos, los que muchas veces aparecen incompletos, repetidos o alterados; cosa corriente en aquellos días en que con tanta facilidad era cambiado el nombre. Al mudar estas mujeres con frecuencia de marido, tomaban con la mayor tranquilidad tantos apellidos como maridos habían tenido.

Entre los mil y tantos conquistadores los nombres de la escasa docena de mujeres españolas son registrados solamente de un modo accidental y casi siempre de manera incompleta. La mayoría de las veces la referencia simplemente dice: "*unas mujeres de Castilla*".

La mejor fuente, que siempre es la historia de Bernal, incurre a este respecto en no pocas equivocaciones o contradicciones, como tendremos oportunidad de comprobarlo.

SIN que pretendamos sea éste el mejor método, intentaremos formar la lista de estas mujeres, tomando como base la relación que de las mismas hace Bernal Díaz al narrar el banquete de Coyoacán:

- 1.—María de Estrada.
- 2.—Francisca de Ordáz.
- 3.—“La Bermuda”.
- 4.—Una mujer esposa del Capitán Portillo.
- 5.—Hulana Gómez.
- 6.—“La Bermuda”, esposa de Hernán Martín.
- 7.—Isabel Rodríguez.
- 8.—Mari Hernández.

Termina Bernal esta relación diciendo que no hubo otras hasta esa fecha en la Nueva España, pero celoso de la verdad “*la verdad es cosa bendita y sagrada y todo lo que contra ella dijeren va maldito*”, aclara: “. . .de otras ya no me acuerdo las hoviesen en la Nueva España”.

Muchas páginas atrás, al relatar el recuento que de sus fuerzas hizo Cortés después de la Noche Triste, se encontró que entre los sobrevivientes se hallaba “*también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en Méjico sino aquella...*” (39). Creemos que al usar la palabra Méjico, Bernal quiere referirse concretamen-

(39).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo I. Pág. 489.

te a la ciudad de Tenochtitlán y que en la estancia de los españoles en esta ciudad desde su primera entrada hasta la “*noche triste*”, posiblemente la única mujer que los acompañó fué la mencionada María de Estrada. Orozco y Berra señala a esta María de Estrada como una de las mujeres que vinieron en la flota de Pánfilo de Narváez. De ser cierto esto, María de Estrada sólo estaría en la Gran Tenochtitlán unos cuantos días, es decir, los que mediaron entre la llegada de Cortés después de derrotar a Narváez (24 de junio), y su trágica salida en los primeros días de julio de 1520.

Las otras mujeres que menciona Bernal como venidas en la flota de Cortés, según esto, deben haberse encontrado en la Villa Rica de la Vera Cruz, en Tlaxcala o Texcoco, pues el mismo Bernal refiere cómo al llegar a Tlaxcala, después de la batalla de Otumba, tuvo informes de que los heridos y enfermos que había dejado Cortés en guarda del tesoro que de Cempoala traía y de lo que Juan Velázquez había recogido de Tustepeque, se dirigían a México formando un destacamento de setenta y dos hombres y “cinco mujeres de Castilla” y habían sido muertos por los indios. (40)

Orozco y Berra señala como mujeres conquistadoras las siguientes:

- 1.—Beatriz Hernández.
- 2.—María de Vera.
- 3.—Elvira Hernández.
- 4.—Beatriz Hernández (hija de la anterior).

(40).—Bernal Díaz, Obra citada. Tomo I. Pág. 493.

- 5.—Isabel Rodrigo.
- 6.—Catalina Márquez.
- 7.—Beatriz Ordaz.
- 8.—Francisca Ordaz.
- 9.—María de Estrada.
- 10.—Beatriz Bermúdez de Velasco.
- 11.—Beatriz Palacios Parda.
- 12.—Juana Martín.

De ambas listas sólo encontramos coincidencia de nombres en María de Estrada, Francisca de Ordaz e Isabel Rodríguez (Rodrigo para Orozco y Berra, lo que a nuestro juicio carece de importancia y nos permite pensar que se trata de la misma persona).

En el Proceso de Residencia seguido a Cortés y en el Proceso criminal seguido al mismo por la muerte de la Marcayda (41) el primero iniciado en 1528, y el segundo en 1529, entre las mujeres declarantes que pretenden haber estado en la Conquista de México, sin que las encontremos anotadas como tales por Bernal o en la nómina hecha por Orozco y Berra, figuran:

(41).—Sumario de la Residencia tomado a Don Fernando Cortés, Gobernador y Capitán General de la Nueva España. Paleografiado del original por el Lic. Ignacio López Rayón. 2 Tomos. Tip. de Vicente García Torres. México, 1852-53.

- 1.—Juana López.
- 2.—Violante Rodríguez.
- 3.—Catalina González.
- 4.—Antonia Hernández.

En los Memoriales dirigidos a la Corona Española solicitando granjerías o bien simplemente el reconocimiento de sus méritos como conquistadores, aparecen algunas mujeres pretendiendo haber participado en la conquista de México. Pero los testimonios que invocan en su favor son de tal modo débiles, que optamos por no considerarlas con ese carácter y omitirlas en este ensayo.

De las mujeres que indudablemente se encontraron en la Conquista y tomaron activa participación en ella, sólo existen datos concretos sobre su actuación, en lo que toca a María de Estrada, Francisca y Beatriz de Ordaz, Beatriz de Palacios, Beatriz Bermúdez de Velasco e Isabel Rodríguez.

:: :: ::

DE las mujeres conquistadoras que hemos citado nominalmente encontramos muy pocos datos, mismos que damos a continuación:

MARIA DE ESTRADA.—Orozco y Berra la pone entre las mujeres que vinieron en la flota de Pánfilo de Narváez y Bernal al referirse a ella la llama la *“buena e honrada”* y *“la vieja María de Estrada”*, por lo que pensamos que al llegar a México debe haber sido por lo menos una mujer de edad ma-

dura. En el Catálogo de Pasajeros a Indias, en la papeleta con el número 910 aparece una María Estrada hija de Sancho de Estrada, vecino de San Vicente de la Barquera, que pasó a las Indias el 15 de diciembre de 1512 (42), y posiblemente se trate de la que hablamos. Por el testimonio del mismo Bernal, sabemos que fué la única mujer que estuvo en Tenochtitlán antes de su conquista y asistió a la trágica huída de la “noche triste”. Casó primero con Pero o Pedro Sánchez Farfán. (43) Con él tuvo después de la conquista y en encomienda, el pueblo de Tetela a las faldas del volcán y perteneciente a la comarca de Chalco. Sobre la forma en que nuestra María de Estrada adquirió la encomienda de Tetela y Hueyapan, existe la siguiente versión: “. . . los cuales dos pueblos se pusieron en defensa y prometiendo el Marqués que el que se atreviese ahuyentar los indios que estaban fortalecidos en las quebradas y peñascos, salió una mujer a caballo con vna lanza y vna adarga y arremetió el cavallo hacia los indios apellidando el nombre de Santiago, y tras ella algunos de a cavallo, de lo cual se ahuyentaron los indios y desanpararon sus fuertes, lo cual visto por el Marqués, se los dió a esta mujer en encomienda, la cual fué después casada con Martín Partidor. . .” (44) Don Francisco del Paso y Troncoso anota que aunque no se da el nombre de la mujer, resulta ser María de Estrada y da poco fundamento al hecho narrado atribuyéndolo a una hablilla de la época o en todo caso a la mala aplicación, refiriéndola a esos pueblos, de la hazaña que la Estrada realizó en la jornada de Otumba y que es citada por Diego Muñoz Camargo y por Torquemada como veremos más adelante. El pueblo estaba tasado “en dinero e miel que vale mil ochocientos pesos”. (45) Muerto Sánchez

(42).—Catálogo de Pasajeros a Indias. Vol. I. Pág. 115.

(43).—Epistolario de la Nueva España. Tomo IX. Pág. 26.

(44).—Papeles de la Nueva España. 2ª Serie. Tomo VI. Madrid, 1908. Pág. 289.

(45).—Según Orozco y Berra este Pero Sánchez Farfán vino con Narváez y con la flota de Cortés vino otro Pedro Sánchez Farfán, Capitán. Bernal Díaz al referirse al marido de María de Estrada habla de Pero Sánchez Farfán.

Farfán casó con Alonso Martín Partidor. Vivió en la Puebla de los Angeles hasta su muerte de la que se ignora la fecha. Fué famosa y citada por la mayor parte de los cronistas por su valor y hechos heróicos.

FRANCISCA DE ORDAZ.—Bernal la cita como asistente al banquete de Coyoacán. Orozco y Berra la pone entre las que vinieron con el desventurado Narváez, y Cervantes de Salazar y Torquemada al hablar de la derrota de Narváez, dicen que esta mujer y su hermana (?) venían en la flota de éste. Francisca Ordaz casó con el hidalgo Juan González de León. En la declaración rendida por Juan Ponce de León como hijo de conquistador dice ser "*hijo legítimo de Juan González Ponce de León y de Francisca de Ordáz, ambos conquistadores*". (46) No existe ninguna otra referencia de ella ni se conoce la fecha de su muerte. Es famosa la actitud que esta mujer y su compañera Beatriz del mismo apellido tomaron al ser derrotadas las tropas de Narváez. Es lógico suponer que después de la derrota de Narváez acompañaran a Cortés hasta la conquista de Tenochtitlán.

BEATRIZ DE ORDAZ.—Por los datos que hemos citado en relación con Francisca, suponemos que esta Beatriz pudo ser madre, hija o hermana de la anterior, inclinándonos por lo último. Bernal Díaz no la cita entre las asistentes a la famosa orgía y banquete de Coyoacán, y como no volvemos a encontrar ninguna referencia sobre ella, aventuramos la posibilidad de que esta Beatriz sea una de "*las cinco mujeres de Castilla*" que murieron junto con los setenta y dos españoles a manos de los indios de Tustepeque. En los papeles del Excelentísimo Marqués de Montes Claros publicada por Don Nicolás León e incluida en la Sumaria Relación de las Cosas

(46).—Conquistadores y Pobladores de Nueva España. Francisco A. de Icaza. Volumen I. Págs. 117-118. Párrafo 205.

de Nueva España de Baltasar Dorantes de Carranza, hay el dato de que esta mujer casó con Hernando Alonso. (47) Este fué herrero y según las noticias de Panes “*fué natural del condado de Niebla ,quemáronle en México, por judaizante en 1528; está su Sanbenito en esta Catedral*”. (48)

HULANA GOMEZ.—De esta mujer como de otras muchas no tenemos más dato que el dado por Bernal, señalándolas como las que concurren al banquete de Coyoacán. La búsqueda en las fuentes y documentos del Siglo XVI que hemos podido consultar, ha sido infructuosa. Quizás en los innumerables documentos que existen inéditos tanto en nuestros archivos como en los de España puedan existir datos interesantes acerca de ésta y otras de las conquistadoras. En Bernal se dá como marido de esta Hulana Gómez a Benito de Vargas, a quien curiosamente tampoco encontramos citado en las crónicas de conquistadores.

“LA BERMUDA”.—Bernal en la relación tantas veces citada dice: “. . . y otra señora hermosa que se decía “*la Bermuda*”, no se me acuerda el nombre de pila que se casó con *Hernán Martín que se vino a vivir a Guaxaca. . .*” Este Hernán Martín, herrero, lo encontramos citado entre los soldados que vinieron con Cortés y casado con Catalina Márquez dicha la Bermuda. (49) En el Catálogo de pasajeros a Indias Cédula Núm. 468, aparece un Hernán Martínez hijo de Hernán Martínez y Marina Fuentes vecinos de Goaza en tierra de Campos, pasó a la isla Española con sus hijos Gaspar y Mar-

(47).—Baltasar Dorantes de Carranza. Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España. Imprenta del Museo Nacional. México, 1902.

(48).—Orozco y Berra cita que Don José Fernando Ramírez poseía una copia de la nómina manuscrita de los Conquistadores que existe en el Museo Nacional y perteneció al Sr. Diego Panes. Sugiere que sea la escrita por Bartolomé de Góngora en 1632, bajo el título de Octava Maravilla. Orozco y Berra. Obra citada. Pág. 363.

(49).—Orozco y Berra. Obra citada.

cos Martínez, el 11 de febrero de 1512. (50) Posiblemente no sea del que hablamos, pero de todos modos consignamos el dato. Este mismo Hernán Martín aparece después de la conquista como encomendero de Mitla "*que está tasada en mantas, cacao que vale treinta e seis pesos*". (51) Y Malinaltepeque en el obispado de Guaxaca, pueblo que posteriormente se encomendó en "...*Bartolomé Tufino por casado con la mujer de Hernán Martín que fué primero tenedor...*" (52) Orozco y Berra al hacer la nómina de mujeres conquistadores señala como tal a una Catalina Márquez. No nos parece aventurado pensar que la "Bermuda" de cuyo nombre no se acordaba el buen Bernal, sea esta Catalina Márquez que el propio Orozco y Berra cita como mujer conquistadora de las que vinieron con Hernán Cortés, solamente que con el nombre de Catarina en lugar de Catalina.

Por la cita que hemos encontrado en la relación de "*pueblos indios de la Nueva España que están encomendados en personas particulares*", hecha en enero de 1560, deducimos que Catarina o Catalina Márquez, la Bermuda fué de las pocas mujeres conquistadoras que sobrevivieron. Siendo su primer marido Hernán Martín, volvió a casar con Bartolomé Tufino de acuerdo con los datos que nos da la anterior relación citada. (53) En el Catálogo de Pasajeros a Indias con papeleta Núm. 2569 aparece que Francisco Escobar natural de Escacena, su mujer Catalina Márquez, sus hijas Catalina Escobar e Inés Escobar, pasaron a las Indias en agosto de 1517. (54) Posiblemente no sea ésta la misma que citamos, pues aparece casada con Francisco de Escobar y madre de dos hijas. Pero en atención al continuo cambio de maridos que hacían las mujeres de esta época tampoco es imposible lo anterior.

(50).—Catálogo de Pasajeros a Indias. Tomo I. Pág. 65.

(51).—Epistolario de la Nueva España. Tomo IX. Pág. 40.

(52).—Idem. Pág. 19.

(53).—Epistolario de la Nueva España. Tomo IX. Págs. 2 y 42.

(54).—Catálogo de Pasajeros a Indias. Pág. 289.

LA BERMUDA.—Esta otra “Bermuda” también figura en el multicitado banquete de Coyoacán y Bernal dice simplemente: “. . . que casó con Olmos de Portillo el de México”. Francisco Olmos, natural de Villa del Portillo figura en varias relaciones como “buen soldado y de los primeros conquistadores”. Pasó con Narváez. En el Diccionario autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de Nueva España, declara ser natural de la Villa del Portillo, haberse hallado en la conquista y toma de la ciudad de México “. . . y que ha veynete y tres años que casado”. (55) Después de la conquista tuvo en encomienda la mitad de Piaxtla en el Obispado de Tlaxcala. (56) Esta misma Piaxtla aparece más tarde como perteneciente al heredero del mencionado Olmos del Portillo: Doña Catalina Cerón. (57) Como en esta relación hecha por Don Martín de Agurto no tiene fecha ni aclara el carácter con que era heredera del mencionado Olmos Doña Catalina Cerón, estamos en la imposibilidad de saber si se trata de su hija o de su mujer. Caso de ser lo segundo resultaría que esta segunda Bermuda de que habla Bernal se llamaría Catalina Cerón; si lo primero, sabríamos simplemente que la Bermuda, esposa de Olmos, pudo haberse apellidado Cerón.

LA VIUDA DEL CAPITAN PORTILLO.—Al enumerar las asistentes al famoso banquete que se dió para celebrar la caída de la capital azteca, dice Bernal: “otra señora mujer del Capitán Portillo que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda no la sacaron a la fiesta”. Inútilmente hemos tratado de encontrar el nombre de esta mujer; sólo sabemos por el mismo Cronista que ella era muy hermosa, y el nombre de su marido, que Bernal omite, era el de Juan, y murió cuando

(55).—Diccionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de Nueva España. Francisco de Icaza. Madrid, 1923. Tomo I. Pág. 48. Párr. 7.

(56).—Epistolario de Nueva España. Tomo IX. Pág. 37.

(57).—Idem. Tomo XIII. Pág. 39.

el bergantín que estaba a su mando fué apresado por los indios en las estacadas. (58)

ISABEL RODRIGUEZ O RODRIGO.—Con el primer nombre la cita Bernal dándole por esposo a Hulano de Guadalupe. Con este nombre no encontramos a su marido entre los conquistadores de los cuales cinco por lo menos llevan el primer nombre. Orozco y Berra la menciona como Isabel Rodrigo, y evidentemente se trata de la misma persona de que habla Bernal. En el Catálogo de Pasajeros a Indias aparecen dos Isabel Rodríguez, una con la Cédula Núm. 7, esposa de Pedro López Marraquín, vecinos de Baeza, y que pasaron a las Indias el 10. de diciembre de 1509. (59) Y otra Isabel Rodríguez hija de Juan Ortiz y de Mariana Rodríguez vecinos de Sevilla, que pasó a las Indias el 9 de septiembre de 1514. (60) Alguna de las dos debe ser esta Isabel Rodríguez de que hablamos. En la información recibida por la Audiencia de México, sobre el estado en que se encontraba la sucesión de la sencomiendas de indios, y la conveniencia de ser repartimiento perpetuo, figura la dicha Isabel Rodríguez como encomendera de Nagualapan. (61)

Tanto Bernal Díaz como Orozco y Berra la enumeran entre las mujeres venidas en la Armada de Cortés. Se distinguió en la Conquista de México principalmente por la atención que daba a los soldados heridos. Cervantes de Salazar relata el hecho así: *“como eran tan continuas las refriegas salían de una parte y de la otra muchos heridos. . . a los cuales una mujer española, que se decía Isabel Rodríguez, lo mejor que ella podía les ataba las heridas y se las sanctiguaba “en el nombre del padre del hijo e del espíritu sancto, un*

(58).—Bernal Díaz. Obra citada. Tomo II. Págs. 67 y 81.

(59).—Catálogo de Pasajeros a Indias. Tomo I. Pág. 17. Párr. 7.

(60).—Idem. Tomo I. Pág. 218.

(61).—Epistolario de la Nueva España. Tomo XIII. Pág. 47.

solo Dios verdadero el cual te cure y sane”, y esto no lo hacía arriba de dos veces e muchas veces no más de una e acontecía que aunque tuvieren traspasados los muslos iban sanos otro día a pelear. . .” y una vez que un muy valiente y diestro soldado que se decía Magallanes “herido por una vara desmandada en la garganta llegó herido al real, hechóse en los brazos de aquella piadosa mujer, Isabel Rodríguez y diciendo a Dios me encomiendo y a mi Capitán dió el ánima a Dios. . .” (62)

MARI O MARIA HERNANDEZ.—Aparece citada por Bernal como mujer de Juan de Cáceres (el Rico), quien después de la Conquista fué señor de Maravatío. (63) En el Proceso Criminal seguido a Cortés por la muerte de la Marcayda hay una María Hernández declarando ser mujer de Francisco Quevedo, posiblemente su segundo marido, y dice tener 38 años y haber tratado desde la Española a la Marcayda. (64)

Es bastante difícil identificar a esta Mari o María Hernández, por la carencia de datos concretos sobre ella. En el Catálogo de Pasajeros a Indias con las cédulas: 264, 589, 900, 1108, 1561, 1778, 2385 y 2416, aparecen otras tantas Marías Hernández como pasajeras a Indias, bien siendo hijas, hermanas o esposas de los pasajeros y comprendiendo la fecha del viaje desde el 23 de julio de 1511 hasta el 3 de marzo de 1517. De las fichas correspondientes no podemos deducir con seguridad cuál de éstas pueda ser la conquistadora.

Hay una Mari Hernández mujer de Andrés Núñez que


(62).—Francisco Cervantes de Salazar. Crónica de Nueva España. Madrid, 1914. México, 1936. Tomo II. Pág. 239-40.

(63).—Orozco y Berra. Obra citada. Pág. 369.

(64).—Sumario de la Residencia tomada a Don Fernando Cortés. Págs. 370-4.

declara haber pasado "a esta Nueva España en una armada que enbió en descubrimyento della Francisco de Garay y andando en descubrimyento de la costa, le prendió el Márques, que era recién venido a conquistarla, con la cual se halló en la toma desta ciudad y conquista della y de otras provincias que antes della se conquistaron. . . la fué encomendada la mitad del pueblo de Tequisquiac. . ." (65)

:: :: ::

 ROZCO y Berra en su obra citada nos dá el nombre de siete mujeres que no figuran entre las que Bernal dice acompañaron a los conquistadores en la celebración de la toma de México, y que se encuentran en la Nómina general de conquistadores venidos con Cortés o en la Armada de Pánfilo de Narváez. Este historiador dá como fuentes con las que formó su lista, las obras de Bernal Díaz, Herrera, Torquemada, Gomara y Oviedo; las residencias tomadas a Cortés y a Alvarado, los primeros libros del cabildo de esta capital y "algunos documentos del Archivo general, etc., etc." Además una copia de la nómina manuscrita de los conquistadores, "que existe en el Museo Nacional y que perteneció al Señor Panes, no lleva el nombre del autor y yo sospecho que es la escrita por Bartolomé de Góngora en 1632, bajo el título de Octava Maravilla". (66) Hemos cotejado las fuentes históricas citadas por Orozco y en la mayoría de los casos hemos podido encontrar la cita; pero como al hablar de "algunos documentos del Archivo General, etc., etc.", no dice cuáles, no hemos podido ratificar algunos de los nombres señalados por él como de mujeres conquistadoras.



FILOSOFIA

BEATRIZ HERNANDEZ.—Figura en la relación escrita citada por Orozco y Berra como una de las mujeres que vi-

(65).—Francisco A. de Icaza. Dictionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de la Nueva España. Tomo I. Pág. 119.

(66).—Orozco y Berra. Obra citada. Pág. 363.

nieron con Hernán Cortés. Fué esposa de Tomás de Ecíjoles (Bernal dice Ríjoles), italiano, y un buen nahuatlato. De este Ecíjoles o Ríjoles sabemos que en el año de 1533 se encontraba como criado en las posesiones que el Marqués del Valle tenía en Cuernavaca y era acusado de mal trato a los indios. (67) Poseyó en encomienda el pueblo de Tlapatongo, pero lo vendió a Jorge González. (68) La búsqueda en las fuentes históricas de algún dato sobre esta mujer, nos ha dado un resultado negativo.

BEATRIZ HERNANDEZ.—Esta otra Beatriz también citada por Orozco y Berra parece fué mujer de Benito de Cuenca e hija de Elvira Hernández a quien también el propio Orozco enumera como conquistadora. En la relación *“de las personas que pasaron a esta Nueva España y se hallaron en el descubrimiento, toma y conquista de ella...”* bajo el número 69 figura Benito de Cuenca *“que pasó a descubrir esta Nueva España con el Capitán Francisco Hernández de Córdoba y después con Grijalva, y tornó a ella con Pánfilo de Narváez... y que es casado...”* (69)

En la misma obra encontramos con el número 1049 la ficha correspondiente a Beatriz González que declara: *“... e que es mujer de Benyto de Cuenca, uno de los primeros conquistadores desta Nueva España... y se halló en la toma de la ciudad de México donde sirvió de curar a los heridos...”* (70) El hecho de declarar con el nombre de Beatriz González nos hace suponer que su verdadero apellido era el de Beatriz González Hernández o Hernández González.

(67).—Epistolario de la Nueva España. Tomo III. Pág. 2.

(68).—Idem. Tomo IX. Pág. 28.

(69).—Francisco A. de Icaza. Obra citada. Tomo I. Pág. 43.

(70).—Idem. Tomo II. Pág. 219.

ELVIRA HERNANDEZ.—De esta mujer Orozco y Berra, como conquistadora de las que vinieron con el Capitán Cortés, asegura era madre de Beatriz Hernández (ni siquiera sabemos de cuál de las dos que hemos mencionado en las fichas anteriores). Ignoramos también el nombre de su esposo o esposos y no la hemos hallado entre las conquistadoras que tuvieron encomendados pueblos de indios. Sí figura en el Proceso Criminal instruido contra Cortés por la muerte de su mujer, pero en su declaración lo único que logramos saber es que en esa fecha (1529), contaba la edad de 38 años. (71)

MARIA DE VERA.—Como en el caso anterior es citada por Orozco y Berra. No existe en las fuentes ninguna otra mención, y sólo hallamos de ella que figuró en el Juicio de Residencia seguido contra Cortés como testigo de cargo y al declarar en el Proceso Criminal seguido al mismo por la muerte de la Marçayda declaró tener 35 años de edad. De su dicho se deduce que pertenecía al bando contrario al Conquistador.

En el *“Memorial dirigido a la Corona Española por nueve mujeres conquistadoras que se hallaron en la toma de México”* (recopilado por el Doctor Nicolás León), se declara de María de Vera: *“Assi mismo mujer valiente, le dieron 300 pesos de aiuda de costa en la Real Caxa; tuvo un hijo fraile de San Agustín que fué a España”*. (72)

BEATRIZ PALACIOS PARDA.—Según Orozco y Berra vino en la flota de Pánfilo de Narváez y fué esposa de Pedro de Escobar soldado del mismo Narváez. Cervantes de Salazar nos proporciona la siguiente referencia: *“...ayudó gran-*

(71).—Sumaria Residencia tomada a Don Fernando Cortés. Tomo II. Pág. 357.

(72).—En Baltazar Dorantes Carranza. Sumaria Relación de las cosas de Nueva España. Apéndice. Pág. 456.

demente, así cuando Cortés estuvo la primera vez en México, como cuando después le cercó, una mujer mulata que se decía Beatriz de Palacios, la cual era casada con un español llamado Pedro de Escobar. Dióse tanta maña en servir a su marido y a lo de su camarada, que muchas veces estando él cansado de pelear el día y cabiéndole a la noche la vela, la hacía ella por él, no con menos ánimo y cuidado que su marido, y cuando dexaba las armas salía al campo a coger bledos y los tenía cocidos y aderezados para su marido y demás compañeros. Curaba los heridos, ensillaba los caballos e hacía otras cosas como cualquier soldado. . .” (73)

Alonso Niño Descobar en la ficha número 320 de las declaraciones de los conquistadores y pobladores de Nueva España que dieron noticias personales a los primeros Virreyes entre 1540 y 1550 dice: *“ques hijo de Pedro Descobar natural que fué de Toledo uno de los primeros conquistadores desta Nveva Spaña y de Pánuco. . . e que su madre Beatriz de Palacio pasó a ésta Nveva Spaña con Pánfilo de Narváez, casada con otro marido. . .” (74)*

No encontramos ningún dato que hubiese recibido la Palacios ninguna encomienda. Pero de su marido Pedro de Escobar tenemos noticia de que en 1533 residía en Metlatepeque en la provincia de Pánuco, con su cuñado Pedro de Fuentes y que los indios se quejaban de su crueldad y de que además del tributo a Fuentes tenían que dar otro a Escobar. (75) Es de suponerse que la mulata Beatriz Palacios acompañaba en ese lugar a su marido si aún vivía.

BEATRIZ BERMUDEZ DE VELASCO. — Aparece también en Orozco y Berra, y como esposa de Francisco de Ol-

(73).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Tomo III. Pág. 242.

(74).—Francisco A. de Icaza. Obra citada. Pág. 124.

(75).—Epistolario de la Nueva España. Tomo XXVII. Págs. 27 y 28.

mos. A un Francisco de Olmos de Portillo lo encontramos ya como marido de "la Bermuda", mencionada simplemente así por Bernal y de la que en páginas anteriores supusimos que pudiera identificarse con Catalina Cerón. No sería temerario aventurar la hipótesis de que el sobrenombre de "la Bermuda" fuese aplicación del apellido Bermúdez. De ser así la famosa Bermuda esposa de Francisco de Olmos del Portillo de la cual Bernal Díaz sólo dá escuetamente el apodo o mote, sea esta Beatriz Bermúdez de Velasco esposa de Francisco de Olmos. Esto lo hace en cierto modo verosímil el hecho de no registrarse en la Nómina de conquistadores dos individuos con el nombre de Francisc de Olmos. Cervantes de Salazar ratificando el que esta mujer era esposa de Francisco de Olmos, narra de ella, a la que llama "*mujer española y de noble linaje*", (76) un rasgo de audacia que la hizo destacarse en la conquista de México. No hay noticia de que haya tenido encomiendas y su marido sí la tuvo en Piaxtla como ya se dijo anteriormente.

JUANA MARTIN.—Aparece entre las mujeres que vinieron con los soldados de Narváez (Orozco y Berra). Se carece de cualquier otra información respecto a ella excepto una mención que hace Cervantes de Salazar al referir las palabras dichas por un grupo de mujeres, entre éstas Juana Martín, cuando Cortés las quería dejar a descansar en Tlaxcala en ocasión que los españoles se dirigían a sitiar la ciudad de México. (77) En el Catálogo de Pasajeros a Indias y con la ficha Núm. 1790, aparece como pasajera una Juana Martín, criada de Pedro de Cuenca y de su mujer Costanza Hernández, quienes pasaron a las Indias en 19 de junio de 1514. (78)

(76).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Pág. 246.

(77).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Página. 246.

(78).—Catálogo de Pasajeros a Indias. Pág. 207.

Hay otra mujer que se menciona como conquistadora pero sin que los datos existentes nos inclinen a creerlo con firmeza. Ella es:

CATALINA SOTOMAYOR.—En la ficha número 329 de la Relación de Conquistadores y Pobladores de Nueva España que dieron noticias personales suyas en 1540 a 1550, Doña Catalina de Sotomayor dice: “*Que es vecina de Mechoacán, e que es una de las tres primeras mujeres que vinieron a esta Nueva España con Pánfilo Narváez, que casó con Juan de Cáceres Delgado, uno de los primeros conquistadores della que pasaron con el Marqués... se tornó a casar con Pero Méndes Sotomayor...*”

De lo expuesto se deduce que el apellido Sotomayor lo tomó de su segundo marido. Ignoramos cuál sería el suyo propio y verdadero. No existe otro dato que el apuntado respecto a esta Catalina.

En el Juicio de Residencia y en el Proceso Criminal seguidos contra Hernán Cortés, figuran cuatro mujeres ya señaladas anteriormente, que tácita o indirectamente sugieren el haber sido conquistadores, es decir, haber llegado a la Nueva España antes de la caída de la capital azteca. Ellas son Juana López, Violante Rodríguez, Antonia Hernández y Catalina González. Lo poco convincente de los argumentos que en favor de esta tesis pueden ofrecerse, y la falta de referencia a ellas en fuentes directas sobre la Conquista de México; nos animan a suponer que se trata de mujeres llegadas inmediatamente después de la conquista y aún posiblemente formando el séquito que en 1522 trajo consigo la esposa de Don Hernando.

La posibilidad muy verosímil de que sea cierto lo anterior, hace que salgan fuera de los lineamientos de este ensayo.

POR los datos y noticias presentadas, y en atención a las razones que insistentemente anotamos ya, creemos haber puesto de manifiesto la casi insuperable dificultad que existe para lograr la nómina completa de las mujeres españolas que participaron en la Conquista de México.

De acuerdo con Bernal —el único cronista testigo que se refiere a ellas— el número de mujeres conquistadoras es de trece. Los nombres de ocho los cita al relacionar las asistentes al banquete de Coyoacán y de las otras cinco solamente nos dice que murieron a manos de los indios de Tustepeque (¿abril-junio de 1520?). Usando los datos proporcionados por las fuentes históricas de mayor validez, encontramos comprobada la existencia y aún los nombres de otras siete más, lo que hace ascender su número a veinte, y sin que corramos el riesgo de cometer una ligereza podemos todavía añadir el nombre de Catalina Sotomayor.

Con mayores reservas debemos considerar a las cuatro mujeres que ya citamos como testigos en el Juicio de Residencia contra Cortés y en el Proceso Criminal que se siguió al mismo o por la muerte de su mujer, y que según sus declaraciones aseguraban haberse encontrado en México antes de la caída de la capital azteca. De aceptar lo anterior, el número de mujeres conquistadoras quedaría fijado en veinticinco. Sin embargo, no sería aventurado suponer que una o varias de las siete primeras mujeres que hemos agregado a la lista dada por Bernal, fuesen de las cinco sacrificadas en Tustepeque, lo cual determinaría reducir en dos o tres la cifra de veinticinco que consideramos como bastante probable.

Aún sin el valor de una verdadera fuente histórica de la Conquista de México, ya que se trata de una obra escrita en los primeros años del siglo XVII, debemos citar el dato asentado por Dorantes de Carranza: “Y porque Vra. Exa. se

satisfaga que no sólo los conquistadores fueron héroes y valerosos, pruebo aún, por los hechos de las mugeres que truxeron, ser valerosísimas, y que hicieron tan grandes hechos y valentías como ellos; que de ONCE mugeres que vinieron a la conquista, las siete casadas. . .” (79).

Pese a la falta de noticias, o bien a lo escueto de ellas, no podemos resistirnos al deseo de reconstruir con los escasos pero seguros datos que logramos hallar en nuestra modesta investigación, la vida y hazañas de las extraordinarias compañeras de los extraordinarios hombres que forjaron la empresa de la Conquista de México, a la cual Orozco y Berra llamara: “. . .Terrífica y encantadora Iliada. . .” y “. . .Un acontecimiento tan maravilloso, que parece un cuento de hadas. . .” (80).

:: :: ::

SI para los conquistadores fué un continuo asombro y maravilla el paisaje, las grandes ciudades y la cultura que a cada paso encontraban en la futura Nueva España, ¿cuál sería la extraña reacción de las mujeres españolas que gozaron del excepcional privilegio de ser no solamente testigos, sino de poder actuar tan intensamente en éste fantástico acontecimiento?

Aunque sólo sea en sus principales aspectos, tratemos de seguir a las compañeras de los conquistadores, y de imaginarnos el panorama que se ofreció a sus maravillados ojos, desde su arribo a las costas mexicanas.

En un principio la presencia de los indios, a pesar de que vestían y hablaban de distinto modo de los isleños que ellos ya conocían, seguramente no debe haberles impresionado.

(79).—Baltasar Dorantes de Carranza. Obra citada. Pág. 17.

(80).—Manuel Orozco y Berra. Obra citada. Págs. 342-44.

do mucho, pues iban en plan amigable y no hacían otra cosa que admirar a los nuevos dioses blancos y barbados. Después, cuando al desembarcar en Tabasco, los indios se mostraron hostiles y pelearon con ellos, ya se darían cuenta de que el enemigo no era de despreciarse.

En su primer contacto con las mujeres indias, ¿qué impresión les causaría a ellas, el obsequio que recibieron sus compañeros de jóvenes doncellas de la nobleza india? Entre éstas, se encontraba una india bastante agraciada, entremetida y desenvuelta —dice Bernal— que recibió el nombre de Marina, y a la que tal vez entonces no concederían ellas mayor importancia. Más tarde cuando esa india que sabía hablar con tono dulce y armonioso incomprensibles y extraños dialectos, pudo expresar en español y se fué apoderando del ánimo y de la voluntad del Capitán Don Hernando —a quien más de una de ellas admiraría en silencio— seguramente no les pasaría ya tan inadvertida y acaso un secreto sentimiento de celos y rivalidad alentaría en el fondo de sus corazones.

La curiosidad y la ambición fuertemente excitadas por el magnífico presente que los embajadores de Moctezuma entregaron a Cortés, hicieron que cuando la expedición se preparó para marchar tierra adentro con rumbo a la gran ciudad de los aztecas, no quisieran ellas quedarse en la guarnición de la Villa Rica a salvo de las fatigas y riesgos de la nueva aventura y decidieron con arrojo y temeridad compartir con los hombres los sufrimientos y la gloria.

A medida que iban subiendo de la costa tórrida hacia las regiones templadas, sus ojos, poco acostumbrados a la belleza y diversidad de los grandes paisajes americanos, contemplarían con asombro y deleite la vegetación exuberante de esa tierra de promisión. De la tierra donde el cacao y la vainilla se daban pródigamente como un don de los dioses, y en donde las frutas y las flores extrañas y bellas con que las

mujeres indias se adornaban sus negras cabelleras, incitaban a gustarlas sensualmente. Al cruzar en larga y tardada marcha esta variedad asombrosa de climas y paisajes; al pasar del aire cálido y blando de la tierra caliente al puro y luminoso de las regiones altas y frías, excitados sus sentidos por el brusco cambio, sentirían crecer con más violencia la sed de aventuras que ya las dominaba.

En el trayecto para Tlaxcala y durante su estancia en ésta las castellanas, urgidas por la necesidad, hubieron de acostumbrarse a los extraños alimentos que les brindaban sus aliados indios y en su creciente curiosidad verían cómo las mujeres indias aplastaban en sus manos una masa de harina hecha de maíz, de la cual sacaban ricas y olorosas obleas. La Capital Tlaxcalteca, de la que Cortés dijera que era "*mayor y más fuerte que la ciudad de Granada, de muy buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada. . .*" (81), debe haberlas maravillado y haberles hecho recordar cómo los embajadores de Moctezuma llamaban a esa ciudad pobre e indigna de que en ella se aposentasen los "*teules*". Cuando los señores de Tlaxcala presentaron como regalo al ejército de Cortés, trescientas mujeres indias jóvenes y bellas, las que después de bautizadas fueron repartidas entre los soldados a quienes se dió siete días de descanso que se aprovecharon en celebrar lunas de miel, es de suponerse que cierto oculto rencor debió de nacer en el pecho de las castellanas hacia sus compañeros que con tanto entusiasmo tomaban a estas indias, a las que seguramente no dejarían de considerar muy inferiores a ellas.

Tenía la mujer india, frente a las recién llegadas, ese contraste de la humildad frente a la arrogancia, de la sumisión con la altivez; prendas que, normales en la mujer española, deben haberse encontrado exaltadas en las mujeres conquistadoras. Era la indígena de una hermosura distinta a la de

(81).—Hernán Cortés. Cartas de Relación. Tomo I. Pág. 56.

ellas. Fina de miembros y proporcionada y con cierto dejo de serenidad y melancolía. Recatada y prudente, la mujer india sabía que su lugar estaba en el hogar, detrás de su marido, para servirlo, honrarlo y amarlo y no para destacarse antes que él. Por lo general y en casi todas las clases sociales poseía la mexicana una delicadeza moral que llamó la atención hasta de los mismos religiosos españoles —recuérdese el tácito elogio que de ellas hiciera más tarde el benemérito Sahagún—. Pero sería artificioso querer establecer una comparación entre la mujer india y la española, tomando como ejemplo de la última a las bravas y arrojadas conquistadoras. Ellas, nobles y tiernas en otro escenario, en la conquista tuvieron que ser lo que fueron, intrépidas y valientes, prontas siempre a emular el espíritu guerrero y heroico de sus compañeros los conquistadores; animadas de esa extraña mezcla de idealismo y fiereza que fué el conquistador español del siglo XVI, que al mismo tiempo que hacía la más injusta y despiadada de todas las guerras iniciaba la más alta misión civilizadora y evangelizadora. Ellas, las castellanas no solamente se encargaron de curar y atender con amante ternura a sus compañeros, ensillar los caballos y hacer otras cosas como cualquier soldado o de “*vestir con lienzo de la tierra a Cortés y sus compañeros cuando llegaron a Tlaxcala...*” (82), sino que, como ya veremos adelante, supieron en las grandes ocasiones manejar diestramente la lanza o la espada y con sus viriles y heroicas actitudes animar y alentar a los conquistadores.

Afortunadamente, los cronistas de la conquista nos han dejado algunas referencias, principalmente en relación con María de Estrada, Beatriz de Palacios y Beatriz Bermúdez de Velasco, de las extraordinarias hazañas de estas excepcionales mujeres.

Dejando la aliada ciudad de Tlaxcala y después de una

(82).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Tomo. I. Pág. 242.

larga y accidentada jornada al llegar al valle de México, la Gran Tenochtitlán, ansiada meta de sus sueños de riqueza y aventura —se ofrecía a su vista como un enorme espejismo de cristales. Rodeada de bosques y en medio de hermosos lagos, se levantaba con sus mil torres y magníficos templos piramidales la magnífica capital del Señorío azteca que era mil veces superior a lo que había forjado su fantasía. Y por entrar a ella, ya no por dominarla, bien valían las penalidades y peligros pasados. Frente a este espectáculo las castellanitas como buenas religiosas, elevarían al Dios Todopoderoso una plegaria porque la fortuna que las había acompañado hasta ahora no las abandonase.

El recibimiento que a los invasores dispensó Moctezuma y la regia forma en que los aposentó en sus palacios colmó de admiración y entusiasmo a los españoles y sus compañeras. En aquellas estancias tapizadas de hermosas y raras telas de algodón, acostadas sobre ricas esteras acolchadas "*con mantas de las más primas labores*", se preguntarían las españolas si todo aquéllo no era simplemente un sueño. Ellas, pobres mujeres que en España no poseían nada, eran ahora huéspedes del poderosísimo Señor de los aztecas, y tratadas como diosas.

Con la curiosidad propia de la mujer se asomarán, cuanto les fué permitido por el Capitán, a los innumerables y raros aposentos de aquel rico palacio. Contemplarán encantadas los jardines, estanques y miradores por donde paseaba el Gran Moctezuma con sus mujeres que vestían con más finura y primor que todas las demás mujeres del país.

¡Cómo es de lamentarse el que ninguna de estas mujeres fuese gente de pluma. Qué interesante y sugestiva hubiera sido la Crónica de la Conquista de México vista a través del alma femenina! ¡Con qué cariño y detalle hubiese descrito no solamente las ciudades, sino las gentes y la vida misma de ese mundo tan desconcertante y fantástico!

Al visitar con sus compañeros la gran plaza del mercado, la admiración no las dejaría hablar. ¡Tanto como allí se vendía, tan hermoso y tan raro, que les faltaban ojos para verlo! Algunas de ellas, nativas de Córdoba, Sevilla o Granada, se creerían transportadas a algún mercado oriental, pero más grande y más lleno de vida y color. Las multitudes que entraban y salían, compraban y vendían, harían tan gran ruido que debe haber semejado un inmenso colmenar. Las indescriptibles y variadas mercancías que allí se ofrecían y cambiaban, atraerían sus codiciosas miradas femeninas.

La vista del Cú o Templo Mayor, con toda su trágica y opulenta magnificencia debe haber irritado su mentalidad cristiana al considerar el sangriento e incomprensible culto a que estaba dedicado. Desde lo alto del Cu y desde la azotea del Palacio que habitaban se podía contemplar un panorama de ensueño en que la activa y populosa ciudad se desplegaba con sus multicolores templos, edificios y mercados, a través de largas calles y canales.

La codicia de sus compañeros y de ellas mismas se acrecentó cuando al estar acondicionando una cámara para "*el santo sacrificio de la misa*" encontraron señales de una puerta secreta que daba a unos aposentos llenos de oro, piedras preciosas, joyas y plumas que formaban el tesoro del difunto Axayácatl. Y les pareció al ver estas riquezas "*que en el mundo no se debieran haber otras tantas*" (83).

Durante la estancia en las casas de Axayácatl, la vida era fácil y hermosa vista a través de la molicie y la riqueza. Las castellanas, para nada hecharían de menos los solares de la vieja España, donde ellas llevaban una vida gris e inadvertida; donde nunca se imaginaron que llegarían a estar servidas por los vasallos de un tan poderoso Señor y a ser posee-



FILOSOFIA

(83).—Bernal Díaz, Obra citada, Tomo I, Pág. 334.

doras de exóticas joyas, que ni aún la misma reina de España poseía.

La llegada de la flota de Pánfilo de Narváez obligó a Cortés y a la mayor parte de los suyos a dejar la Capital azteca y conjurar por la fuerza y la astucia el peligro que para ellos significaba el representante de Diego de Velázquez. Ignoramos si con la tropa que llevaba Cortés para Veracruz fué alguna mujer española, en cambio sabemos que con los soldados de Narváez venían por lo menos cuatro mujeres, y entre ellas Francisca y Beatriz de Ordáz, de las cuales se narra que al darse cuenta de que los de Narváez habían sido derrotados y su capitán preso por las reducidas fuerzas de Cortés, *“unas mujeres, que la una se decía Francisca de Ordáz y la otra Beatriz de Ordáz, hermanas o parientes, asomándose a una ventana, sabiendo que Narváez era preso y los suyos rendidos sin armas, a grandes voces dixeron: “¡Bellacos, dominicos, cobardes apocados que más habiades de traer rucas que espadas; buena cuenta habéis dado de vosotros; por esta cruz que hemos de dar nuestros cuerpos delante de vosotros a los criados destos que os han vencido, y mal hayan las mujeres que vinieron con tales hombres!”* Los caballeros de Cortés las paciguaron y dixeron que la justicia y ardid de los de Cortés habían dado la victoria y que no era nuevo en el mundo pocos vencer a muchos con maña y con razón. Ellas, aunque no les faltó que responder, acabándose de vestir, fueron a besar las manos a Hernando Cortés; dixerónle palabras de más que mujeres, alabándole el valor, esfuerzo y prudencia con que había tratado aquellos negocios” (84).

Obtenida la victoria y habiendo ganado para sí a todos los de Narváez entre los que irían también las mujeres que

(84).—Cervantes de Salazar Obra citada. Tomo II. Pág. 191. También Fray Juan de Torquemada en su Monarquía Indiana cita, con ligeras variantes, el mismo hecho. (Tercera Edición. México, 1943. Tomo I. Pág. 488).

los acompañaban —Orozco y Berra sin citar expresamente la fuente de donde tomó el dato asegura que ellas eran María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco, la mulata Beatriz Palacios y Juana Martín. En cambio, no cita los nombres de las dos Ordaz a las que hace aparecer como venidas en la flota de Cortés (85)—, Don Hernando se apresuró a llegar a México, de donde debía salir a los pocos días en la trágica retirada conocida con el nombre de la “*Noche Triste*”.

Sorprendidos en su huída por los guerreros de Cuitláhuac, los españoles tuvieron que defender desesperadamente no tanto el oro que de la ciudad habían recogido, sino sus vidas. Las mujeres que con ellos iban, por lo menos María de Estrada, frente al peligro y la segura muerte que significaba el ser capturadas dieron pruebas de su temerario valor. Torquemada dá el siguiente relato: “*en ésta tan temeraria noche (que los españoles la llamaron la Noche triste) le mataron a Cortés a sus propios ojos, un page, llamado Juan de Salazar, en la misma calle de Tlacupa, luego a los principios de la Refriega; y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto, y conflicto María de Estrada, la cual con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto corage, y ánimo, como si fuera uno de los más valientes Hombres del Mundo, olvidada que era Muger, y revestida del valor que en casos semejantes suelen tener los Hombres de Valor, y Honra. Y fuéron tantas las maravillas, y cosas que hizo que puso en espanto, y asombro a todos los que la miraban. . .*” (86). En apoyo de la versión dada por Torquemada, recordamos que Bernal Díaz cita a esta mujer, entre los supervivientes de la Noche Triste, como ya lo hicimos notar anteriormente.

Después de los mil trabajos y penalidades que siguieron al desastre de la trágica retirada, llegaron por fin los espa-

(85).—Orozco y Berra. Obra citada.

(86).—Torquemada. Obra citada. Tomo I. Pág. 504.

ños a la ciudad de Tlaxcala teniendo la inestimable fortuna de ser recibidos por sus aliados Tlaxcaltecas con una cariñosa y hospitalaria acogida. En esta ciudad Cortés fué informado del trágico fin que tuvieron a manos de los indios de Tustepeque *“setenta y dos soldados de los de Narváez y cinco mujeres de las de Castilla”*.

Cuando repuesto del desastre y terminados ya los bergantines con que planeaban poner sitio por agua a la rebelde Tenochtitlán, Cortés quiso dejar en Tlaxcala, a salvo de los riesgos de la nueva aventura a las mujeres castellanas, éstas con una decisión varonil le contestaron: *“no es bien, señor Capitán, que mujeres españolas dexen a sus maridos yendo a la guerra; donde ellos murieron moriremos nosotras, y es razón que los indios entiendan que son tan valientes los españoles que hasta sus mujeres saben pelear, y queremos, pues para la cura de nuestros maridos y de los demás somos necesarias bras, cierto, de más que mujeres, de donde se entenderá que en todo tiempo ha habido mujeres de varonil ánimo y consejo. Fueron éstas Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juatener parte en tan buenos trabajos, para ganar algún renombre como los demás soldados”*. El Cronista comenta: *“palana Martín, Isabel Rodríguez y otra que después se llamó Doña Joana mujer de Alonso Valiente”* (87).

Puesto el sitio a la ciudad de Tenochtitlán y mientras más desesperada era la situación para sus defensores, mayor era la decisión y la fiereza con que peleaban sus defensores que, con el estoicismo heroico e impasible de su raza, ya habían determinado morir, morir de hambre o peleando antes que rendirse al odiado y cruel invasor. Cuando lograban captivar a uno o varios españoles los mataban y sacrificaban con ferocidad y zaña, ponían sus sangrientas cabezas en una pica para que vieran los extranjeros el fin que les esperaba en el caso de ser apresados, y los demás indios, hasta dónde llegaba el odio y la venganza de los tenochcas.

Tal vez en el real de Alvarado el que se hallaba más

(87).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Tomo. III. Pág. 242.

próximo a la ciudad, algunas castellanas pudieron contemplar horrorizadas, cómo entre el desesperante sonar del teponaxtle y del huéhuatl —cuya fúnebre música no podrían olvidar mientras viviesen— fueron sacrificados sobre el Gran Teocalli, setenta españoles que habían sido hechos prisioneros.

En una de las retiradas de los españoles, encontramos citado el hecho de otra de las conquistadoras: *“No es digno de pasar en silencio, pues semejantes cosas se adornan y ennoblecen las historias, el hecho de una mujer española y de noble linaje, llamada Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco de Olmos, conquistador, ca estando los mexicanos, por los españoles, que por mar y tierra les daban recio combate, como desesperados y que les parecía que para vencer o morir de presto no les quedaba otro remedio sino como perros rabiosos meterse de tropel con los españoles, hiriendo y matando cuantos pudiesen, lo cual hicieron de común consentimiento y así volvieron con tanta furia sobre dos o tres capitánias, que les hicieron afrentosamente volver las espaldas, e ya que, más que retrayéndose, volvían hasta su real, Beatriz Bermúdez que entonces acababa de llegar de otro real, viendo así españoles como indios amigos todos revueltos, que venían huyendo, saliendo a ellos en medio de la calzada con una rodela de indios e una espada española e con una celada en la cabeza, armado el cuerpo con un escaupil, les dixo: ¡Vergüenza, vergüenza, españoles, empacho, empacho! ¿Qué es esto que vengáis huyendo de una gente tan vil, a quien tantas veces habéis vencido? Volved a ayudar a socorrer a vuestros compañeros que quedan peleando, haciendo lo que deben; y si no, por Dios os prometo de no dexar pasar a hombre de vosotros que no le mate; que los que de tan ruin gente vienen huyendo merecen que mueran a manos de una flaca mujer como yo”. Avergonzaronse tanto con éstas tan vergonzantes palabras e los nuestros, que volviendo sobre sí como quien despierta de sueño, dieron la vuelta sobre los enemigos ya victoriosos, que en breve se trabó una brava batalla; los mexicanos que por no volver atrás, y los españoles por ir*

adelante e volver por su honra, que de tanto por tanto fué la más sangrienta y reñida que jamás hasta entonces se había visto. Finalmente, al cabo de gran espacio, los españoles vencieron, poniendo en huida a los enemigos, siguiendo el alcance hasta donde los compañeros estaban peleando, a los cuales ayudaron de tal manera que todos salieron aquel día vencedores, de donde se entenderá lo mucho que una mujer tan valerosa como esta hizo y puede hacer con hombres que tienen más cuenta con la honra que con la vida, cuales entre todas las naciones suelen ser los españoles” (88).

Tres meses de lucha constante y de desesperada resistencia llevaban ya los conquistadores y sitiados. Las castellanas apenas si tendrían tiempo para contemplar las desoladoras y dantescas escenas de dolor y hambre que ofrecían los mexicanos, pues también en sus campamentos había dolor y muerte, y ellas también lucharían y pelearían entre sus compañeros.

Si alguna de las castellanas hubiese tomado la pluma para describirnos estas escenas, nos habría dejado una impresión más viva y prolija de tanta muerte y destrucción, de tanto heroísmo y valentía de un pueblo que trataba de sepultarse con los restos de su amada ciudad.

Capturado el joven y heroico Emperador y al ser llevado ante el victorioso Capitán de los invasores, las mujeres españolas con su estrafalaria indumentaria que muy poco les daría de femenino, se disputarían el primer lugar para ver de cerca al “águila caída” que al ver morir su Imperio y su ciudad, pedía al jefe de los vencedores que le diera allí mismo la muerte.

La lluvia, los truenos y los relámpagos, que como un perfecto marco acompañaron la caída de la orgullosa Tenochtlán, reina y señora del Anáhuac, contribuirían para mantener

(88).—Cervantes de Salazar. Obra citada. Tomo III. Pág. 246.

en la —a pesar de todo impresionable— imaginación femenina de las conquistadoras, vívidas y fijas las escenas inolvidables de aquellos días, que pasaron ante sus ojos como un sueño del que jamás ellas, hubieran creído ser protagonistas.

Rendida ya la ciudad, los hispanos, ebrios con el júbilo del triunfo y del botín, quisieron festejar el suceso. Pero entre cadáveres y escombros, entre el lodo, el hambre y los lamentos que se escuchaban en la infortunada ciudad perdida, era imposible que pudiese haber alegría y holgorio. Frente a este trágico espectáculo y la posibilidad de una epidemia acordaron trasladarse al inmediato pueblo de Coyoacán, donde Cortés ya había mandado construir una buena casa.

Fué allí donde los conquistadores y sus compañeras celebraron la caída de la capital azteca con una tan escandalosa orgía, que sólo el veraz Díaz del Castillo se atreve a hablarnos *Villa Rica, e tenía puercos que le trujeron de Cuba*". de ella: "*Cortés mandó hacer un banquete en Coyoacán por alegrías de haber ganado, y para ellos tenía ya mucho vino de un navío que había venido de Castilla al puerto de la*

Mandó convidar a todos los soldados y oficiales pensando que agasajándolos de esa manera acallarían algo las protestas de los descontentos que no alcanzarán botín. Mas fueron tantos los que asistieron que "*Cuando fuimos al banquete no había asientos ni mesas puestas para la tercia parte de los soldados y capitanes que fuimos...*" y luego agrega severo: "*e hobo mucho desconcierto y valiera más que no hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron...*" (89).

Por la descripción que nos hace, podemos imaginar aquel festín al que asistieron todas las españolas que se hallaban en México, y que así como habían estado con ellos en la

(89).—Bernal Díaz del Castillo. Obra citada. Tomo II. Pág. 145.

guerra, y en la derrota, asistían ahora a la celebración del triunfo al cual ellas contribuyeron. Ni aún las que habían perdido a sus maridos en la contienda, quisieron dejar de asistir.

Puestas las mesas en las que había una cena magnífica, donde tal vez las manos de las españolas tuvieron participación, los ricos manjares aderezados al uso de Castilla, incitaban la gula y el apetito largamente castigados. El vino, el lechón y las castañas, harían que los españolas se sintieran en el país de Jauja o en su nunca olvidada España. Las castellanas ataviadas con sus mejores galas, sentadas al lado de los capitanes y soldados, sin ninguna gazmoñería ni empacho comieron y bebieron al par de ellos. Y ebrias también de vino y orgullo, llegarían a los mayores excesos y liviandades. Pues enardecidos por *“la planta de Noé”* que les hizo cometer los mayores desatinos. Dice Bernal *“que unos anduvieron sobre las mesas, otros se levantaron a danzar con las damas que allí había, y era cosa de risa verlos danzar cargados con sus armas de algodón. Creyéndose los hombres más ricos de la tierra, querían comprar caballos y arreos de oro, y cayendo al final del festín, rodando bajo las mesas”*.

La mañana siguiente, contritas y avergonzadas por todos los desenfrenos cometidos, serían las mujeres españolas las primeras que como buenas cristianas trataron de desagraviar a Dios, en la procesión que se organizó con tal objeto. Ellas serían las que cantaron la letanía con más fervor y rezaron y comulgaron con mayor unción. Aunque después con su desenfado muy particular considerándose lavadas de todas culpas, volvieron a cometer los mismos excesos y a compartir con los hombres el pecado de la codicia y la ambición desenfrenadas, robando y despojando a los indios.

Mientras se planeaba y construía la nueva ciudad sobre

las ruinas de la gran Tenochtitlán, ellas formarían parte importante de la incipiente sociedad española que se formaba en la Nueva España. En el bullicio y las fiestas que continuamente se celebran en Coyoacán ellas, como las únicas mujeres españolas serían halagadas y agasajadas por los castellanos. Mas bien poco gozarían de esta privilegiada situación, porque cuando al año siguiente empezaron a llegar otras mujeres de Castilla algo más refinadas y pulidas, las conquistadoras aparecían como lo que eran: toscas y rudas, mujeres más hechas a la guerra y a los caminos que para las cortesanas y finuras de salón. Los caballeros entonces, ya pretendiendo hidalguías y títulos de nobleza, sólo tendrían ojos para las recién llegadas bellas y acicaladas, como correspondía que fuesen las damas de honor de Doña Catalina Juárez Marçayda, esposa del Señor Capitán General y Justicia Mayor de toda la Nueva España.

Al establecerse la Marçayda en la Nueva España con todo el boato que correspondía a su rango, en el pequeño séquito o corte que la rodeaba figuraban como una especie de servidoras las mujeres conquistadoras. María de Vera, Elvira Hernández y aun la gloriosa María de Estrada, eran llamadas al Palacio de Coyoacán para los más diversos menesteres. ¡Triste destino para las que con su valentía ayudaron a conquistar un Imperio y que ahora se veían relegadas a la oscuridad y el olvido!

En las declaraciones que hicieron en el Proceso seguido a Cortés, o cuando reclamaban su parte en los repartimientos, se advierte cierta amargura y desencanto, pues la Corona y aun sus mismos compañeros testigos de sus hazañas, tuvieron para con ellas ingratitud. Sin embargo a pesar de esos desengaños las castellanas, no satisfecha aún su sed de aventuras, se agregaban a las expediciones que se emprendían.

dían en pos de tierras nuevas. Al Pánuco, a las Hibueras y la Nueva Galicia (90) partieron algunas acompañando a sus hombres. Y al fin pobres y olvidadas, no recibieron los honores y riquezas que les correspondían. La historia también ingrata con ellas, glorificando hasta el exceso las hazañas de los hombres conquistadores, se olvidó de señalar justiciaramente y con marcados relieves las gloriosas hazañas de las Conquistadoras Españolas.

(90).—José López Portillo y Weber, en la Conquista de la Nueva Galicia (México, 1935), Pág. 45, refiere que el día del gran asalto a Guadalupe fué un indio gigantesco y de grandes fuerzas el que murió a manos de nuestra ya conocida Beatriz Hernández.

